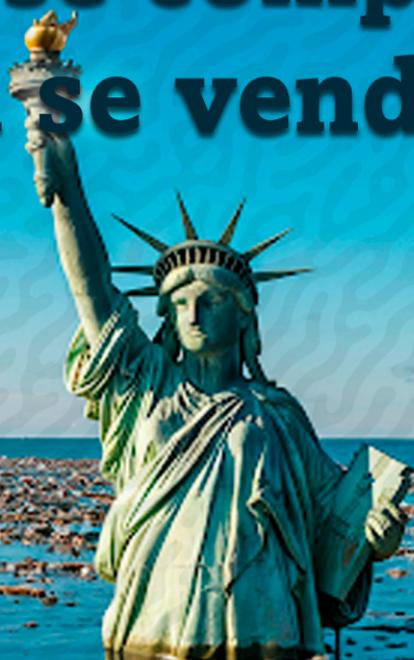


Elviro Queda Todo

Ni se compra ni se vende



Mirada ensayo

M
mirada
malva

NI SE COMPRA NI SE VENDE

Reflexiones sobre el mundo actual

Elviro Queda Todo

(No confundir con Elviro Que Da Todo,
que en lugar de acaparar, reparte.
Menos aún con El Viro Que Da Todo,
que, más bien, tiene que ver con el cambio
de una cosa por otra, pero también
de “la cosa en sí” que se transforma.
En fin, un lío).



1ª edición, La Mirada Malva, 2025

Colección Mirada Ensayo Digital n. 10

© El autor, 2025

© La Mirada Malva, 2025

Diseño de portada: © La Mirada Malva, Alexander Prieto

Reservados los derechos de esta edición para

Editorial La Mirada Malva

c/ Los Rosales nº 7, 18650 Dúrcal

Granada – España

Teléfono [34] 645 376 642

www.miradamalva.com

miradamalva.blogspot.com.es

ISBN: 978-84-124343-9-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO.	5
CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ.	13
CÓMO SOMOS. DÓNDE ESTAMOS.	50
QUÉ PODEMOS HACER.	89

PRÓLOGO

A finales del siglo XX, 1999 para ser exactos, pusimos en marcha una revista internacional. Para recibir algún trabajo de otro continente, teníamos que esperar alrededor de un mes, y eso si no se perdía por el camino. Luego, para la respuesta, otro tanto. Y además los envíos eran carísimos. Hoy día cualquier envío de texto, incluso de imagen, se hace instantáneamente y, al menos en apariencia, de forma gratuita. En todo caso, el envío no hay que pagarlo. Encima, a veces aún no le he dado a la tecla de enviar, o acabo de darle, y ya me está llegando la respuesta. ¡Jo! O esta tecnología es tan adelantada que se anticipa, ¿o es que permite leer el pensamiento? Si no les ha dado tiempo ni a leer lo que les he enviado, ¿cómo pueden responderme ya? ¿O es que les iba llegando conforme lo escribía, aunque no le hubiera dado a la tecla de enviar?

En más de una ocasión usted habrá notado que está hablando (hablando, no escribiendo, por teléfono o con alguna aplicación de audio) y si ha comentado interés en alguna clase de objeto comienzan a llegarle publicidad de marcas que

venden ese producto a sus páginas de internet. ¿Nos espían? ¿Nos oyen? Desde luego, saben lo que pensamos.

En una conversación con un conocido que trabajaba en la cocina de un restaurante, poco lector, pero bastante sensato, me decía: Mis padres tuvieron un trabajo (en realidad mi padre. Mi mamá trabajaba en casa, que ya era duro de por sí, pero sin salario) con un sueldo pequeño. Pero ahorraron para comprarse una casa, un automóvil y darnos estudios a los que quisimos estudiar y hasta ayudarnos en los primeros gastos cuando nos independizamos. Y hoy día trabajamos fuera mi esposa y yo, los dos con sueldos aceptables para lo que hay, y no conseguimos ahorrar un duro y con solo dos hijos, no con seis como mis padres. Pero claro -continuó- entonces mi madre hacía comida para todos con cosas asequibles, ¡y sanas!, que no desperdiciaba nunca. La ropa se heredaba de hermanos mayores a menores hasta que ya era puro guiñapo. Las distracciones eran juegos de calle con limas viejas desechadas, cuerdas para saltar, huesos de codo sobrantes de la matanza, cajetillas de mixtos vacías, etc. El turismo era, como mucho, excursiones al río donde nos lo pasábamos pipa haciendo el tonto y dando panzazos desde una roca... Había, cuando había, un teléfono para toda

la casa y se usaba solo para casos de grave necesidad. Había, si lo había, un auto en toda la familia y una televisión. Y nadie se iba por ahí de francachela gastándose los cuartos en güisquis ni po...(sonó un pitido para tapar). Hoy día comemos cuatro o cinco cosas distintas (a menudo de comida rápida y poco sana) y desperdiciando lo que no está escrito (hazle comer de un día para otro al nene o la nena). La ropa hay que renovarla no una vez al año, y por supuesto cada uno la suya, nada de “heredar”, sino cada temporada; o sea, cuatro veces al año. Y con ropas caras porque si no son de marca, el nene o la nena quedan mal. Hay en una casa un teléfono móvil de alta gama por cada persona (a veces más porque el nene o la nena “necesitan” más de uno). Y hay que renovarlos cada cierto tiempo porque si no ya no están de moda y pareces un cateto. Los peques tienen montones de juguetes electrónicos y caros de los que se hartan pronto porque les aburren y hay que comprar otros. Hay tres o cuatro coches por familia (más que hijos porque alguno puede tener dos). Y se usan hasta para ir a tirar la basura al contenedor que está a cincuenta metros. Por supuesto, se va de francachelas a sitios de ocio en los que te soplan, entre entrada y copas, en una sola noche la cuarta parte del sueldo de la semana, si no más. Un alquiler te cuesta, a la que te

descuides, el 80 o el 90 por ciento de un sueldo mensual. Se va de turismo cada año más lejos, aunque sea a un hotel o una playa como la que tienes cerca, pero al otro lado del mundo (no vas a colgar en las redes fotos de la playa de aquí, vaya mIEEEERda, ¿no?). Si hay que entramparse para ello, ¡no pasa na!, c'est la vie. Si te has podido meter en una hipoteca para hacerte de una casa y no tener que estar de alquiler, ¡ya agárrate las pelotas!

¿Pero a dónde vamos? -terminaba mi amigo apesadumbrado por su propia reflexión-. Y uno no sabía si responder alguna pamplina para quitar hierro a su angustia, o simplemente reír por no llorar.

Una anécdota ilustrativa (este prólogo no es más que eso, algo que ilustra de qué va este rollo) es la de una vecina, ya mayor y muy inocente, con la que charlábamos junto a su hija, una joven despierta, y un grupo de vecinos. Había un tema del que se necesitaba información y alguien dijo de consultar el Google. Eran más de las doce de un noche de verano. Mi vecina, un tanto apesadumbrada y desde su inocencia supina, comentó: a estas horas el señor Google estará dormido. La carcajada de su hija fue estruendosa; menos mal que la señora no se molestó. Los demás, con respeto a la edad y a la inocencia de su

madre, solo sonreímos. La mamá, aunque no se molestara sí que inquirió: ¿de qué te ríes? La hija, inteligente como es, debió pensar, cómo le explico yo a mi mamá que Google no es un sabio que consulta libros y puede que tenga ayudantes como esa tal Alexa que sabe de to y hasta te pone música en casa; si bien, según la que le pidas, te avisa de que te pueden cargar en tu cuenta el costo del servicio, que, además, el “señor” Google está en todas partes y a todas horas y que todo lo sabe, como si fuera Dios, pero sin serlo. No, al menos, un Dios de otro mundo. Todo eso, o algo así, debió pensar; así que se limitó a sonreír y a decirle a su madre: no, por nada, mamá. No te preocupes, es que eres muy graciosa.

La mamá se quedó tan contenta y no hicimos la consulta al señor Google. Esto puede parecer un chiste, pero es algo que ocurrió de verdad y que yo lo presencié. Y eso ilustra el salto vertiginoso que se ha dado entre generaciones y entre modos de vivir y de pensar.

La vida está llena de facetas dramáticas y humorísticas, y en este libro yo no voy a eludir ni unos ni otras. En estas líneas habrá momentos en que se puede reír, llorar o darle un hachazo al televisor o al móvil. Pero lo que cada cual haga es cosa suya. Como diría mi primo: allá películas. Lo que esta obra propone es pensar. Pensar sobre

nosotros mismos, sobre nuestra vida, cómo vivimos, cómo hemos llegado a esto, a dónde parece que vamos, qué podemos hacer...

No es un libro de filosofía en el sentido intelectual, buscando abstracciones y explicaciones académicas a hechos cotidianos; aunque sí en el sentido clásico del reflexionar y pensarnos. Como no es académico, aunque bebe de muchas lecturas (quien esté vivo y tenga curiosidad es lo que suele hacer: leer mucho), no tiene notas a pie de página, ni al final, ni bibliografía ni nada de eso. A veces menciono algún libro o algún nombre, pero no es un libro para hacer currículum, ni para entrar en el baile de egos que se retroalimentan en el refrito endogámico de todo lo académico. Si alguien quiere ampliar cuestiones, hay bibliotecas y buscadores (el del señor Google incluido) en internet que pueden ofrecer multitud de opciones. Tampoco es un libro de cifras y de datos, que se ponen viejos antes de ser publicados y más en un mundo tan disparatado y veloz como el actual. De igual manera, cifras actualizadas siempre se pueden consultar en organismos, buscadores y sitios de fiar (cuidado con los charlatanes, que ahora hay más que nunca). Aquí, más bien, analizaremos tendencias, aspectos estructurales y su dirección, más que los coyunturales (tácticos

que dirían algunos) que cambian con frecuencia según el aire que les dé.

Es un libro de sociopolítica, en el sentido amplio de la palabra política: organización de lo social. Pero no es un libro de política partidista. Quienes se muevan en los márgenes estrechos de partidos e ideologías: izquierda, derecha, independentismos, populismos varios que no son -dicen- ni de derechas ni de izquierdas pero en seguida están dando apoyo a los de una u otra tendencia de manera más sectaria, simplista y dogmática que las de los propios partidos, aquí no van a encontrar eco. Nada de eso nos interesa (a mí como escritor y a usted mientras lea esto). Aquí habrá pensamientos que pueden confundir, aclarar, aplaudir, sorprender o rechazar gentes de uno u otro prejuicio. Pero solo a quienes estén dispuestos a preguntarse y buscar respuestas sin prejuicios, sectarismos ni planteamientos previos anquilosados en esquemas dogmáticos, les puede servir y ayudar a sacar algo en claro. Si no lo va a leer con actitud abierta (lo que no quiere decir que tenga que darme la razón en todo, por supuesto) y cuestionadora de todo, sin dar nada por sentado hasta que no razone, mejor no pierda el tiempo y acuda a sus consignas y lugares comunes. Este no es su libro en ese caso.

Yo no soy enemigo de lo misterioso y hasta de lo paranormal. Pero este ensayo no es sitio para eso. Es un estudio que pretende ser racional; todavía más: razonable. Cada problema o cada situación que afrontemos lo vamos a hacer (usted que lee y yo que planteo) con la razón y el sentido común. Intentando comprender y explicarnos qué sucede, por qué y a qué puede dar lugar.

Es un libro de pensamiento. Nada más. Pero nada menos. Queremos saber dónde estamos (y no se refiere a nacionalismos ni pequeñeces varias; si alguien eligió donde nacer que me lo diga; si no, mejor que calle), cómo hemos llegado hasta aquí y qué dirección llevamos (y hasta donde podamos, prever en qué abismo -o paraíso, o tal vez mezcla de ambos- podemos terminar).

Y en función de todo eso, qué podemos hacer. De qué partes de nuestra vida somos todavía dueños y de cuáles más lo podemos ser. Hasta qué punto hay aún opciones para ser libres y felices; al menos a ratos y, en lo posible, cada vez más.

De eso va esto. Así que si le interesa, vamos al lío. Y si no, mucho gusto y hasta otra. Un placer haberle conocido.

1

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

Nada surge del vacío. Los griegos, hace mucho tiempo, ya dijeron aquello tan inteligente de que de la Nada no puede surgir algo. Pero no nos perdamos ahora en cuestiones metafísicas, que no se trata de eso.

Estoy hablando en sentido social. Las estructuras, las sociedades e incluso las instituciones en las que nos movemos tienen raíces bien antiguas. Las civilizaciones, reinos, imperios, repúblicas, etc., han ido naciendo, creciendo y cayendo a lo largo de siglos. Y de cada una de ellas ha bebido y ha repudiado (a veces para volver a caer en ello) las que les siguió. Así que podríamos retroceder milenios para buscar huellas de la nuestra; de la que disfrutamos/padecemos en el momento actual.

Pero para lo que nos interesa aquí, y para una mejor comprensión del asunto, vamos a retroceder solo unos siglos; más o menos hasta cuando da comienzo nuestra actual civilización, allá por los siglos XV-XVI, a partir de lo que la Edad Media había heredado de griegos, romanos y árabes.

Estamos en un tiempo en que gran parte de la actividad social (económica, educativa, productiva, de relaciones...) se articula en torno a los gremios. William Morris puede ser uno de los teóricos que mejor puede explicar aquello. En los gremios los artesanos, los trabajadores, los comerciantes (a menudo artesanos a su vez) se organizaban, con arreglo a la actividad que ejercían (carpinteros, herreros, cuchilleros, albañiles, joyeros...). En el gremio se aprendía el oficio entrando de aprendiz, hasta alcanzar el grado de oficial y, llegado el momento, el de maestro. Pero no solo se aprendía (y ejercía) el oficio. Era también el gremio una escuela de vida. La competencia era más que una acepción referida a “competir” (aunque algo de esa competencia fuera inevitable), un referente de ser competente en tu trabajo. La excelencia en lo que uno hace. Hacer las cosas bien, de hecho lo mejor que uno pueda, para ser útil a los demás y para buscarse la vida en algo que a uno le gusta. Además de querer ser bueno (si se era mejor, todavía más de aplaudir), el gremio servía para ayudarse entre los del oficio, ayudar a quienes por enfermedad o accidente se veían en dificultades, ayudar a los huérfanos y viudas... Era un lugar de encuentro, apoyo y competencia, pero desde el enfoque de la hermandad y de ser bueno en el oficio.

El comercio no era parasitario ni se enfocaba en afanes especulativos o de acumulación. Era un mecanismo honesto de intercambio: dar de lo que uno sabe, a cambio de lo que no tiene.

El artesano gremial no tenía como objetivo el lucro ni el servicio miserable para un amo. Era una forma digna de ganarse la vida y enseñar a los hijos a hacerlo. El artesano disponía de su tiempo y terminaba su trabajo de la manera más artística posible y disfrutando de hacer lo que le gustaba y de ofrecer una obra bien hecha. Si alguno, además de bueno era genial, no por ello era tratado de un modo especial (más allá de que su trabajo fuera más requerido y valorado, pero sin un sueldo o un precio que destacara muy por encima de los demás artesanos). Esa mitificación y trato “casi” divino que tomaría tiempo después en ocasiones, era impensable. De hecho, las obras, por lo general, eran anónimas.

Recuerdo que explicando ese tiempo a un grupo de oyentes, uno de ellos me replicó: ¿cómo pudo acabar eso? Confieso que esa pregunta me pilló un poco por sorpresa y no conseguí salir muy airoso con mi respuesta, que cayó en lugares comunes del tipo “cosas que pasan” o “los tiempos, que cambian”.

Claro que son cosas que pasan y tiempos que cambian. Pero alguien, algunos -con nombres propios y que calzaban y vestían-, tenían que hacer pasar esas cosas y que cambiaran los tiempos. Vamos, entonces, a ver cómo lo hicieron.

El término “división del trabajo”, es ahora lugar común también; pero cuando surgió era término nuevo y nos habla de trabajadores que ya no son artesanos, sino meras piezas (obreros, proletarios...) de una estructura fabril que comienza a funcionar en ese tiempo y en la que cada operario hace una parte del trabajo (coser unas piezas, poner unos botones, engranar unas cadenas...). La cadena de producción permite producir más rápido, más cantidad y, como resultado, más barato, por lo que se pueden vender más piezas aunque estas sean masivas, impersonales y, por supuesto, lo artístico de un artesano que pone en esa pieza su corazón, se haya perdido.

Para que esto ocurra han tenido que pasar dos cosas fundamentales; tres, quizás: Que en el comprador se haya dejado de valorar la obra del artesano (eso de hecha con el corazón quedará para los poetas, que son unos muertos de hambre que no saben de la vida). Que por parte del vendedor haya un afán de lucro que antes era inexistente o, en todo caso, muy secundario. Y por

último, que se disponga del capital suficiente para montar talleres fabriles con abundante mano de obra a la que contratar (en lo posible con sueldos lo más bajos que se pueda y, a menudo, ínfimos).

Eso nos lleva a otro de los cambios básicos de ese tiempo: el capital financiero que surge de ahí.

Algunos mercaderes ricos (de las actuales Italia, Países Bajos, Reino Unido, Alemania...) tenían capital para algo así. Pero el fenómeno fabril se iría extendiendo gracias a otra novedad que había surgido a partir de joyeros y casas de empeño que pensaron que podían prestar capital del que tenían en depósito, cobrando interés y obteniendo pingües beneficios con ello.

Surgían así los primeros “bancos” o casas de préstamo que vivían a costa de algo que hasta entonces era tabú; al menos para los cristianos y musulmanes: la usura.

Existían hasta entonces socios capitalistas que ponían capital a cambio de llevarse parte de los beneficios (o de compartir pérdidas) que el negocio produjese. Había préstamos personales entre amigos y conocidos. Pero vivir de los intereses de esos préstamos sin otra aportación que la mera especulación no era admisible. En la parte cristiana llegaría una reforma impulsada por

el monje alemán Lutero, y luego más gente, que aunque surgió en principio como protesta (más que razonable, por otra parte) de los abusos de las jerarquías eclesiales, abrió la puerta a la “libre interpretación” de la biblia. Y las burguesías centroeuropeas, ansiosas de poder jugar sus bazas financieras, vieron el cielo abierto y abrazaron con entusiasmo esa interpretación. Solo el Islam seguiría viendo mal la usura y, ya se sabe..., esa era una religión antigua y execrable a la que había que expulsar del universo europeo. Al Ándalus había rescatado los saberes griego y romano y había traído adelantos de la India, China, además de los propios y aportaba avances y conocimientos de matemáticas, álgebra, geometría, astronomía, geografía, medicina, filosofía, poesía..., de los que iba a beber el Renacimiento y en reinos como el de Granada, maravillas como la Alhambra aunaban ingeniería, arquitectura, matemáticas, geometría, poesía..., y espiritualidad. Pero al camino que Europa quería emprender, el Islam le estorbaba y había que expulsarlo. El catolicismo acabó sumándose, aunque a trompicones, a sus reformadores, al menos en ese aspecto de la usura como práctica aceptable.

El hecho es que comenzaron a multiplicarse fábricas, talleres fabriles y bancos que prestaban

para abrirlos y mantenerlos, en la misma medida que iban desapareciendo artesanos, talleres artesanales y gremios, de los que solo quedaron como reliquia nombres para algunas calles (cuchilleros, tejedores, etc, como nombres de calle).

Eso supuso también que comenzase un movimiento migratorio nuevo, del campo a las nacientes ciudades. Muchos campesinos, aferrados antes a sus actividades agrícolas y ganaderas, veían con asombro que surgían ciudades con industrias que necesitaban mano de obra y en las que había tiendas cada vez más surtidas y gente que, con suerte y esfuerzo y capacidad emprendedora, se hacían ricos y tenían vidas lujosas.

El lujo será otra de las novedades de ese tiempo ya no como ostentación de los poderosos, sino como aspiración vital de cualquiera. Ya existía, desde luego, pero restringido a clases ociosas y minoritarias que eran ajenas a la existencia habitual del resto. Si hasta entonces vivir de una vida austera y sencilla ofrecía motivos suficientes para disfrutar de la producción de la tierra (aunque a veces fuera escasa y trabajosa siempre de conseguir) y del trabajo artesano y celebrar fiestas ocasionales con arreglo a los ciclos agrícolas (a menudo revestidas

de aura religiosa), ahora ver a gente que lucía de forma llamativa ropas, carruajes, enseres, casas..., era motivo de envidia y deseo. Que luego lo que encontrarán la mayor parte de las veces fuera sueldos miserables y vida en suburbios infestados de ratas, basuras y desechos de todo tipo, sería algo que descubrirían cuando ya no había vuelta atrás.

Los antiguos artesanos que se esmeraban por hacer una obra bien hecha y vivían de su obra y los campesinos que trabajaban su tierra (o la de sus señores, más o menos justos en su trato y en sus pagos, que de todo había) se iban convirtiendo en obreros de fábricas con un trabajo rutinario (que puede cambiar de cuando en cuando por otro igual de rutinario y pesado) al servicio de máquinas y cadenas de montaje.

Eso, desde el punto de vista de la producción. Desde el otro lado, el del consumo, se van convirtiendo en consumidores que aspiran a imitar a los grandes potentados, consumiendo cada vez más y, si pueden, aparentando que son lo que no son, ostentando o intentando ostentar, como lo hacen sus nuevos amos.

Ese proceso de industrialización y progreso (productivo) fabril irá conociendo etapas entre las que podemos destacar la llamada Revolución

Industrial en Inglaterra, ya en pleno siglo XIX y de la que Dickens, por ejemplo, sacó tan buenas narraciones, que levantó enormes ciudades con suburbios penosos en los que malvivía una ingente cantidad de mano de obra, y ya en el siglo XX, las famosas cadenas de montaje de Ford para fabricar en grandes cantidades su utilitario, que se podía vender a precios asequibles para la creciente clase media.

Toda esa evolución social necesitaba, primero un sector capitalista industrial y otro financiero que pusieran en marcha las iniciativas. Y segundo, una sociedad de consumidores en los que ir creando necesidades nuevas que los lleven a consumir la producción. Nace así una actividad nueva en el terreno de la manera de pensar y de vender: la publicidad, que desde los propios sectores dominantes muestren e inculquen nuevos valores que señalen el camino a seguir y el tipo de sociedad que tener.

Desde el punto de vista de la producción, lo que se irá buscando es producir cada vez más cosas: más cantidad y más barato. Para ello, las máquinas, que la propia tecnología industrial va creando, se aplicarán al proceso de fabricación, con lo que mucha mano de obra acabará resultando sobrante e irá a acrecentar los ejércitos de parados. Por el lado del consumo, se tendrá

que conseguir más consumidores, con más deseos de cosas y con capacidad para comprarlas. Lo que en ciertos periodos provocará crisis de sobreproducción y de escasez de compradores por su precaria situación económica. Todo eso lo explican muy bien Marx y sus seguidores.

Paralelamente a eso, en el terreno ideológico (también, pues, en el terreno del pensamiento y los valores) se van a dar dos grandes revoluciones que significarán giros importantes dentro de la civilización de consumidores que ya está en proceso.

Por un lado la Revolución Francesa que, en lo fundamental, es alentada por la burguesía para acabar con el Antiguo Régimen en el que pintaba poco pues eran la aristocracia y el alto clero, apoyadas por las monarquías absolutistas y al alimón con ellas, las que venían manteniendo formas de gobierno en el que acaparaban el poder y eludían responsabilidades tributarias y sociales. El grueso de la rebelión, la “carne de cañón”, fueron la clases populares que, hartas como estaban de hambrunas, desprecios y cargas de todo tipo, fueron fáciles de manipular para quitar del poder a reyes, condes, marqueses, obispos, etc. etc. Pero quienes ocuparían los nuevos resortes del poder no iban a ser estas clases populares, a la hora de la verdad consideradas chusma miserable

por quienes tomarían las riendas del poder: burguesía industrial, financiera y mercantil, con el apoyo de intelectuales de la pequeña burguesía. En Inglaterra se iba a dar otra revolución similar en lo esencial, para acabar por un tiempo con la monarquía y poner en su lugar república. Con el tiempo, en Francia acabaría consolidándose la forma republicana, mientras que en Inglaterra regresaría la monarquía, aunque con monarcas limitados en su poder por un parlamento poderoso. Serán las llamadas monarquías parlamentarias. Pero en ambas formas de gobierno, campesinado y clase obrera estarán bien alejadas del poder y seguirán sufriendo (en algunos casos de forma más miserable e inhumana incluso) los abusos, explotación y marginación respecto a las clases pudientes.

En lo ideológico, la llamada Ilustración vendrá paralela a este cambio. Frente a la religión, será ahora la ciencia la que se convierta en principal explicación y motor de todo. Se entronizará lo que llamaron la Diosa razón. Pero esa misma definición avisa del dogmatismo feroz que va a traer consigo. Cualquier cosa que no pueda ser explicada con la razón será considerada superchería y anatema, cerrando el paso en la práctica a cualquier tipo de espiritualidad y actividad que no sea demostrable con teoremas o

en un laboratorio. Y la actitud violenta que se llegó a tener con reyes y aristócratas (la llamada época del Terror) no se parará en ellos. Cualquiera que lea sobre los hechos acaecidos en lugares como la Vendée, por ejemplo, una zona rural con gran arraigo católico, podrá comprobar hasta qué punto la Liberté, Egalité et Fraternité de los revolucionarios no eran tanto. No, al menos, para los miles de campesinos, pongamos por caso, que eran aniquilados por procedimientos expeditivos como hundir barcos cargados con ellos para ahorrar en balas.

La ciencia, más que como afán de conocer y de respetar lo no conocido, acabará por convertirse en una nueva religión que prohíbe, persigue y, en lo fundamental, impulsa una técnica productiva que eleve la producción y controle el mercado y los deseos y actitudes de los consumidores (muchos de los cuales, de hecho la mayoría, a su vez son trabajadores en el proceso de fabricación).

Junto a esas revoluciones, en parte a resultas de ellas, se dará la llamada Revolución Industrial, que comienza en Inglaterra pero pronto se irá extendiendo por toda Europa y los nuevos territorios colonizados en América; sobre todo los de las colonias británicas, que acabarán independizándose y creando, entre otros, un

nuevo y poderoso país: los Estados Unidos de América.

La generalización de la máquina que el desarrollismo tecnológico permite, hará que se pueda producir más en menos tiempo y, como consecuencia, a menos costo.

Eso provocará de seguido, para muchos trabajadores, sustituidos por las máquinas, que se queden sin empleo, lo que les llevará a situaciones aún más miserables que las que ya tenían con su trabajo mal pagado.

Esas tensiones sociales, junto a otras como el trato discriminatorio por razones racistas (hay cientos de publicaciones que relatan muy bien la vida penosa de obreros negros, chinos, nativos americanos, mal llamados indios, etc., tanto en Europa como en EEUU), provocarán revueltas, huelgas y conflictos recurrentes. Hay que sumar a esto que para incrementar la producción al ritmo que va tomando, cada vez son más necesarias materias primas que hay que sacar de países con tecnología menos desarrollada, pero suelos ricos en esas materias primas. Y eso supone a menudo invasiones militares y, cuando no, económicas, adueñándose de suelos y atrapando en deuda financiera. Siempre encubriendo esas actitudes con retóricas ideológicas de modernización,

cristianización, democratización y hasta de libertad (nunca, por supuesto, libertad para no someterse a las imposiciones de los poderosos).

Algunas de esas crisis se acabarán concretando en terribles guerras por todo el mundo, y algunas de tal calibre que serán llamadas Guerras Mundiales.

Del desastre de la Primera Guerra Mundial, y a partir de ideas desarrolladas por intelectuales como Marx, Engels o Lenin, va a surgir en Rusia otra nueva Revolución, esta vez comunista, con el propósito teórico de que la clase obrera se haga con el poder y, mediante la Dictadura del Proletariado (que acabará encabezando Lenin cuando la revolución triunfa) eliminar las diferencias de clases, acabar con la propiedad privada de los medios de producción, que pasan a ser controlados por el Estado y, en él, por los miembros del Partido Comunista, para así conseguir una sociedad igualitaria.

Los medios de producción cambian, de hecho, de manos; pero el enfoque productivista basado en el desarrollo tecnológico y el incremento constante de la producción, heredados de la Ilustración y su religión laica y tecnicista, sigue tal como era.

En realidad, a partir de la Revolución Rusa, van a existir en paralelo dos tipos de capitalismo productivista y materialista: el llamado de libre mercado, u occidental, y el de Estado, con un mercado controlado por el partido comunista en el poder. China se incorporará tras su revolución comunista a esta segunda forma de capitalismo.

En ambas formas, la producción (y su incremento constante) va a ser sagrada. El corazón de su religión materialista y atea. Pero el capitalismo occidental se mostrará mucho más exitoso en sus planteamientos. Dentro de él seguirá viva (aunque como veremos después, cada vez más diluida) la lucha de clases. Lucha que, en teoría, busca el debilitamiento de la clase dominante y el ascenso de los oprimidos. Pero en realidad ambas partes obtienen beneficios materiales. Los oprimidos van mejorando sueldos, condiciones laborales...; sobre todo a partir de las dos grandes guerras, la reactivación del mercado y las nuevas políticas estatales que emprenden grandes obras públicas que dan trabajo abundante y permiten mejorar las condiciones materiales de los trabajadores. Los tiempos de capitalismo feroz y desahogado con leyes intransigentes y en los que (como cuenta Paul Aster) alguien como Jay Goreld, un magnate ferroviario, pudo jactarse en público de que podría contratar a la mitad de la clase obrera para

que acaba con la otra, terminaron, por un tiempo, pasando a mejor vida. Pero esa tensión que la lucha de clases le supone a los grandes capitalistas, también les acaba beneficiando a ellos y a su forma de entender la vida como teatro de consumo. Que la gente mejore sus condiciones existenciales desde el punto de vista material, que mejore su salud, que sobrevivan más hijos porque pueden comer y ser curados mejor, etc. etc., ofrece un incremento de consumidores y de capacidad de consumo de estos. Para poder conseguir ese incremento la tecnología ofrecerá no solo máquinas cada vez más eficaces, sino monocultivos agrícolas inmensos con tratamientos químicos para la fertilidad y contra las plagas, granjas cada vez más masificadas, mecanizadas y con animales tratados mediante hormonas y productos que incrementen su rentabilidad (muchas veces incluso conectando directamente los animales a tuberías de alimentación, tratamientos farmacológicos, desechos higiénicos, etc. etc.) Hasta procedimientos de ingeniería genética se utilizarán para alimentos, tanto de origen animal como vegetal, creando con frecuencia especies y plantas infértiles, con semillas patentadas que las comunidades agrícolas tendrán que comprar a los precios que ellos (los grandes capitalistas) marquen.

La tierra como planeta en el que vivir dejará de ser considerado como “madre provisoria” (la Madre tierra, Pachamama, Gaia...) para pasar a ser un almacén del que disponer mediante la tecnología para saquearlo hasta la extenuación.

La parte comunista (si exceptuamos China que supo ir “aprendiendo” de los usos occidentales, aunque desde su control de partido único) no fue capaz de progresar en los aspectos técnicos con la rapidez y la eficacia del capitalismo occidental. El resultado todos lo conocemos. El modelo de consumo y abundancia de occidente era demasiado fascinador como para ignorarlo por mucho tiempo y toda la estructura del bloque comunista soviético acabó desplomándose. Después de cerca de un siglo de control ideológico que pretendía imponer el ateísmo y lograr la igualdad y el progreso social, al venirse abajo el gobierno, las religiones tradicionales volvieron a tomar vigor como si hubieran seguido vivas en secreto. Jünger ya nos recordó que el ser humano no puede vivir sin mantener algún contacto con lo telúrico. Y de las castas dirigentes del partido comunista ruso, lo que surgieron fue mafias tan violentas, corruptas y capitalistas a lo bestia como pudieron ser en otro tiempo los sicilianos de la camorra y grupos por el estilo.

A finales del siglo XX lo que nos encontramos fue un mundo muy desarrollado tecnológicamente, con unos cuantos países controlando la producción, el comercio y las finanzas del mercado internacional, una desigualdad creciente entre países ricos y pobres e incluso entre minorías ricas y masas empobrecidas, con grandes bolsas de miseria y marginación en los propios países ricos, y con un medio natural sobreexplotado, desnaturalizado, cada vez más contaminado (con ríos muertos e islas de plástico y desechos en los mares y con el aire saturado de CO₂), con el consabido efecto invernadero y el incremento de la temperatura en el planeta y los cada vez más claros síntomas de cambio climático, con sus desequilibrios y catástrofes naturales aumentando de forma exponencial, con mayor esperanza de vida (la gente dura más y puede curar enfermedades que antes eran mortales), pero cada vez con más angustia (depresiones y problemas mentales), suicidios, soledad, obesidad y nuevas enfermedades que no matan rápido, pero hacen la vida problemática, dependiente y dolorosa para quienes las padecen y para quienes tienen que cuidarlas.

Pero para la historia que nos interesa en este ensayo, ahí no acaba la cosa. Casi más bien podríamos decir que empieza ahí.

Partimos de un momento en que ya las grandes cadenas de montaje y la mecanización generalizada de la producción está implantada a lo largo del mundo. Las grandes multinacionales controlan lo más sustancioso del mercado mundial y con su publicidad y sus medios de comunicación imponen marcas y costumbres y hábitos de vida. Los grandes hipermercados de firmas con implantación internacional ya son los principales centros de consumo, convertidos además en centros de ocio -y compra- familiares. Ir al centro comercial es la actividad más familiar. Los niños son fácilmente convertibles en consumidores y gran parte de la publicidad va dirigida a ellos. De hecho (y numerosos estudios lo demuestran) cada vez es más común que, en lugar de educarlos en lo que deben – o no- consumir, sea a ellos a los que se consulte qué quieren, qué se debe comprar. Y no hacerlo no deja de ser una tragedia familiar (y social, o familiar por lo social: qué dirán si mi niño...)

Ya se ha empezado también a desterritorializar la producción, de modo que una gran marca estadounidense, o europea, se lleva parte de su producción (o toda, llegado el caso) a países donde la mano de obra es más barata, o las leyes de protección del medio son menos restrictivas, o hay menos control sobre la

privacidad de los clientes, o se pagan menos impuestos, o todo esto a la vez.

La “lucha de clases” empieza a ser mas complicada, cuando no imposible; porque una huelga de trabajadores, pongamos por caso en Francia, en protesta porque van a perder muchos puestos de trabajo en la reestructuración, puede ir en contra de los intereses de trabajadores de, por ejemplo, Tailandia, en la que se va a poner la nueva factoría. El sueldo de estos últimos obreros tailandeses es una miseria para lo que ganan los operarios franceses; pero en Tailandia a aquellos les da para vivir con cierto desahogo y de poder adquisitivo (de consumo). Y quieren vivir desahogadamente y quieren poder comprar cosas como lo hacen los franceses. Las estrecheces van a empezar para los trabajadores franceses, en paro y sin perspectivas de trabajo.

Y, en estas, llega la informática que pilla a todos con el paso cambiado; a unos más que a otros. En algún lugar remoto llamado Silicon Valley o algo así (suena a valle de la silicona que es algo muy actual en el culto al cuerpo por cierto), al parecer unos muchachos en una nave habían inventado unos dispositivos que permiten mandarse documentos, tanto escritos como gráficos (fotos, etc.) de manera instantánea. Ya estábamos acostumbrados a comunicarnos de una

a otra parte del planeta mediante telefonía e incluso los militares tenían dispositivos para poder hablar a larga distancia sin hilos. Pero esto es diferente. No es solo hablar. Se pueden enviar cartas escritas, incluso libros informatizados, contratos, reportajes fotográficos, poco a poco incluso vídeos. Cualquiera puede hacerlo desde su ordenador personal y, en poco tiempo, ya pudo hacerlo desde teléfonos móviles que sirven a la vez de cámara fotográfica, reproductor de sonido, almacén de documentos y hasta dispositivo de pago y gestión financiera. Para quienes veíamos todo eso desde fuera del meollo tecnológico, aquello parecía algo mágico y fascinante.

Comenzaron a surgir firmas que todos conocíamos: Google, Yahoo, Hotmail, luego Facebook, Youtube, Instagram, twitter (después X), tiktok..., que creaban una red en la que se podía establecer contactos con gentes de cualquier parte del mundo e intercambiar con ellas cualquier clase de cosas. Y la gente comenzó a coleccionar “Me gusta” (o like, que el inglés es el rey de ese mundo). En principio, las redes se llenaban de lo que parecía el reino de la tontería (mira qué culito tengo, mira lo que comí hoy, mira dónde estuve, mira qué guapo soy, mira qué tipo tengo...); pero también había sitio para cosas de carácter artístico, científico, filosófico... Hasta

los políticos de todo signo (desde la extrema derecha a la izquierda extrema) colgaban sus paridas (textos de no más de ¿175? caracteres). Lo que en otro tiempo se hubieran considerado consignas para borregos, ahora, por arte de birli-birloque, se habían convertido en signos de modernidad. Y por tal de figurar y acaparar “Me gusta”, lo que en tiempos recientes se hubiera considerado no honorable, ahora se exhibía sin pudor. Por tal de tener seguidores y aplausos, si había que convertirse en el “tonto del pueblo” o en un cornudo y consentido, o en una exhibicionista provocativa, p’alante... Y que arda Troya.

Lo más llamativo para cualquier observador con un mínimo de curiosidad, es que todo eso, en principio, era gratuito. Podías contratar servicios especiales de pago; pero lo habitual era no hacerlo y todo el mundo podía (todavía puede) publicar cosas, mandar materiales, colgar “post” en el “muro” o en la aplicación tal o cual.

¿Quiénes las habían creado era -son- jóvenes románticos que se esfuerzan de manera generosa por un mundo más tecnológico, mejor comunicado? Algunos, que creaban redes públicas de intercambio con programas de voluntarios (tipo Linux, Apache...) puede ser. Pero pronto comenzamos a enterarnos de que cabezas

pensantes (y propietarios) de las grandes compañías de ese mundo se habían convertido en unos pocos años en los más ricos del planeta. Y si todo es gratuito, ¿dónde está el secreto? Está claro que algo le pagamos, aunque no sepamos muy bien qué es ni cómo lo hacemos.

Si nos detenemos a comentar con otro que, como nosotros, utiliza las redes, empezamos a comprobar que nos llega publicidad de cosas por las que habíamos mostrado interés; a veces en las propias redes, mediante consultas en buscadores, comentarios en publicaciones, me gusta pinchados... Pero, con frecuencia, incluso de cosas que simplemente habíamos comentado con algún conocido en conversación telefónica o en chat privados. Hasta, en ocasiones, en una simple conversación personal, con el teléfono en teoría desactivado.

Hay múltiples libros que nos pueden ayudar a entender cómo les estamos pagando. Uno de los más esclarecedores es “La era del capitalismo de la vigilancia”, de Shoshana Zuboff. Hay incluso televisores inteligentes de los que tenemos en casa para navegar con ellos por internet, que han llegado a grabar conversaciones nuestras, incluso estando apagados. Y mucho más los móviles, que llevamos con nosotros siempre y a todos lados y que les indican a qué sitios vamos, con qué

frecuencia, en qué horarios, qué gustos tenemos, qué nos emociona... George Orwell anticipó las pantallas del Gran Hermano en 1948. Solo se equivocó en unos veinte años (él lo ponía en 1984) y en que no estarían en paredes y calles, sino que las llevaríamos en nuestros bolsillos y las tendríamos en nuestro salón, y de forma voluntaria y satisfechos por ello.

Con esas pantallitas, además de con los teléfonos, aplicaciones y redes que utilizamos con ellas, saben lo que pensamos, lo que nos emociona (analizan incluso los tonos de voz que ponemos para según qué y cuándo), lo que consultamos, los sitios a los que vamos, el rato que estamos en ellos, lo que compramos, lo que nos gusta más y nos gusta menos, lo que estamos dispuestos a apoyar y lo que no, lo que podríamos votar y lo que nunca... Cuando la policía investiga a alguien, lo primero que analiza es su teléfono móvil y su ordenador personal. El ADN y todo eso vendrá después.

Saben más de nosotros que lo que podría saber el cura en la confesión. Un creyente al confesarse podría acusarse de tener malos pensamientos, de cometer actos impuros y hasta, en un alarde de arrepentimiento o en un exceso de curiosidad del cura, saber si habías estado de putas o habías tenido algo con tu amante. Pero no

cuándo, dónde ni cuánto rato estuviste. Los algoritmos de estas aplicaciones saben todo eso y es probable que alguna incluso haya grabado las conversaciones íntimas que tuviste en esa ocasión.

Y todos esos datos son una de las “materias primas” más valiosas que esas compañías poseen y venden a empresas comerciales (que a su vez venden por internet y algunas, como Amazon, han ido comiéndole el terreno a los comercios de siempre). Sus espías, como en el caso del “Señor Google” de mi conocida del prólogo, no son personas, seres humanos con auriculares enganchados todo el día a centralitas para ver lo que se dice en las redes. Eso son imágenes de otro tiempo. Los espías actuales se llaman algoritmos, complicados mecanismos y cálculos matemáticos que absorben todo lo que hacemos, dónde vamos, qué decimos..., y lo traducen en tendencias que pueden manejar para bombardearnos con publicidad específica para nosotros, personalizada. Y hasta “predicen” (pueden hacerlo; tan bien nos conocen) lo que nos puede interesar como novedad. Dicho de otro modo: saben qué nuevas necesidades nos pueden provocar que creen nuevos deseos de comprar y, en consecuencia, nuevos artículos que pueden fabricar para que los compremos. Y les funciona muy bien. Y por eso ganan tanto y nosotros compramos tanto.

Si el planeta ya tenía presión con el consumo reciente, imaginad lo que supone que todo occidente incrementa sin cesar su consumo. Pero, todavía peor, que ante la fascinación de la sociedad de consumo, también quieran sumarse (y ya lo están haciendo porque van pudiendo) países superpoblados como India o China o los llamados países del tercer mundo. Y si nosotros lo hacemos (consumir de la forma que consumimos), con qué derecho le vamos a impedir a ellos esa posibilidad.

La caída de las Torres gemelas en Nueva York les vino muy bien a los poderes imperantes para restringir aún más la intimidad y la libertad de movimiento de la población. Un territorio nuevo como el de internet y todo lo que eso abría que, por nuevo, se movía en un terreno virgen de leyes (como ocurrió en su día con las megaindustrias y la acaparación de terrenos y recursos), fue orientado para poder (con la excusa del terrorismo) interferir, controlar e invadir en las conciencias y la privacidad de las personas. Los Estados (en especial los más ricos, con EEUU a la cabeza) podían controlar mediante algoritmos y espionaje mediático lo que cualquier persona dijera. Y las grandes corporaciones y empresas que empezaban a mandar más que los propios Estados, con ellos de la mano. Casi más bien, al

revés: Las grandes corporaciones acumulando datos para venderlos después, y los Estados, de su manita, controlando si alguien dice pum o pam.

La venta por internet ya se estaba convirtiendo en el dragón que todo lo devora; pero la pandemia del covid supuso su encumbramiento más absoluto. Es como si se hubiera planificado un experimento planetario para ver cómo tener a la gente en casa y comprando a través de internet. Pero no pensemos mal y partamos de que fue puro azar y ellos supieron sacarle renta. Lo cierto es que empresas como Amazon llegaron a poner en una suerte de subasta el lugar a elegir para instalar una de sus factorías-distribuidoras importantes y los distintos gobiernos (local, estatal, federal; extraplanetario no, porque no había) se dieron tortas por facilitar la instalación: cederle terrenos, perdonar impuestos...; pero, no se lo pierdan: no solo “no pagar impuestos”, a pesar de ser de las más ricas del mundo y ganar para enterrarse en dinero varias veces, sino que, además, recibían subvenciones con el dinero que se recauda del impuesto a los demás. Son, a todos los efectos, como los aristócratas del Antiguo Régimen. Los Estados están para rendirles pleitesía. No solo no pagan impuestos, sino que reciben dinero, terrenos y sumisión de los “siervos de la gleba”.

Y si algún gobierno o algún estamento judicial les reclama que tengan que aceptar ordenamientos públicos (llámese impuestos o, todavía mas importante, legislación que controle sus abusos en la acaparación e intromisión en datos personales de la gente y utilicen estos con fines comerciales y hasta políticos), responden con desparpajo que en el actual nivel de la tecnología ellos (su empresa y sus técnicos) saben mejor que los poderes públicos, siempre falibles y a menudo desinformados y corruptos, lo que en cada momento hay que hacer. O dicho de otro modo: el sentimiento y la percepción que tienen de sí mismos no es el de una nueva aristocracia, sino el de un nuevo y verdadero Dios: Están en todas partes, pero no se les ve. Lo saben todo, son incorruptibles, promisores, Todopoderosos. Ameeeen.

Como las castas sacerdotales de las antiguas sociedades esclavistas, las grandes empresas tienen un texto para el público (de imágenes y mitos) y OTRO TEXTO oculto que solo conocen ellos y no está a nuestro alcance, con el que acumulan datos sobre nosotros sin limitación. Tienen incluso programas para saltarse nuestras limitaciones de cookies -son muy cucos- o nuestra negativas a ser seguidos. Hay acuerdos privados y códigos secretos que solo son accesibles a los

“iniciados”, los Sumos Sacerdotes del Sancta Santorum.

Eric Schmidt y Jared Cohen llegaron a decir que *El mundo digital no está sujeto realmente a las leyes terrenales (...) Es el espacio sin gobierno más grande del mundo.*

Larry Page (director ejecutivo y cofundador de Google) declaró que la gente debe confiar más en su empresa que en las instituciones democráticas. *En general -afirmó- tener los datos presentes en compañías como Google es mejor que tenerlos en poder del gobierno, pues es evidente que a nosotros nos importa nuestra reputación, y no estoy seguro de que al gobierno le interese la suya.* Y dijo también: *Hay viejas instituciones, como la ley y otras, que no se están actualizando al ritmo de cambio que hemos introducido por medio de la tecnología. (...) Los tecnólogos deberíamos disponer de sitios seguros en los que probar cosas nuevas y calcular cuál es su efecto en la sociedad, cuál es su efecto en las personas, sin tener que ponerlas en práctica en el mundo normal, digamos.* Bueeeeno. Al fin y al cabo son dioses que no están seguros de sus criaturas. Son, digamos, demiurgos, y necesitan un laboratorio grande, con gente con la que experimentar. Pero, claro, sin leyes ni regulaciones que les entorpezcan.

Los Estados-nación, a estas alturas, son un estorbo. Su único sentido es, eso sí, que ante el miedo y la inseguridad de un mundo tan volátil y en el que cada vez hay más gente que se queda descolgada y sin nada que perder, pueda actuar, llegado el caso, de forma represiva, incluso violenta si hace falta. Como ocurre, por ejemplo, en Oriente Medio, donde una población saqueada, sometida a limitaciones y restricciones humillantes e impedida de organizar su propia administración se rebela y haga algún acto de violencia y entonces sea necesario actuar contra ese “terrorismo” destrozando y bombardeando todo, incluso las zonas designadas por ellos mismos como refugios seguros, matando decenas de miles de personas (sin respetar niños, mujeres, hospitales, escuelas, periodistas, ambulancias). Y eso desde un Estado que se dice democrático y que no quiere el terrorismo (salvo el suyo, claro).

Y en realidad, hasta en eso los Estados-nación se están quedando anticuados. Cada vez hay más grupos paramilitares, guerrilleros que defienden como pueden a su gente, y por otro lado ejércitos de mafias, mercenarios a sueldo de grupos varios, etc., que hacen caso omiso de dichos Estado, cuando no se enfrentan a ellos de forma directa y con medios imprevisibles.

Pero, volviendo a las grandes corporaciones globales. Ya no solo pueden cambiar sus factorías

y locales de país. En muchos casos no les va a hacer falta. Ahora con los medios técnicos que poseen y el trabajo deslocalizado pueden tener delegaciones que atienden a clientes de EEUU o de Europa, pero con personal indio, o chino, o coreano o de donde les dé la gana. Usted puede estar hablando con una empresa de su país, pero quien le atiende está en su ordenador o su teléfono en el otro extremo del mundo. Y mucho del cuerpo técnico especialista (el resto del trabajo, en su mayor parte, lo hacen máquinas y robots) puede ser indio, camboyano o de Hono Lulú. Y están bien preparados. Sus países han sabido formar gente (a veces con periodos en el extranjero) para estar al nivel más alto. Con frecuencia incluso mayor que el de los países ricos porque saben competir con ellos y no están tan mimados y satisfechos como los soberbios occidentales que siguen considerándose la vanguardia del mundo, al menos en tecnología, pero cada vez lo van siendo menos. Y un ingeniero indio que es mejor que uno yanqui o uno europeo, además, cobra mucho menos. Pero en su país, con lo que gana, ya le da para vivir bien.

A los trabajadores (incluimos aquí ingenieros y personal de alta cualificación) les dirán que los tiempos modernos exigen adaptabilidad, versatilidad y que tienen que

acostumbrarse tanto a tener que cambiar de lugar de residencia a menudo, como, y sobre todo, tendrán que actualizar y reconvertir su preparación y su ocupación. Aunque gran parte del empleo es de teletrabajo y se puede hacer desde cualquier sitio, lo cierto es que es mejor estar cerca de los centros logísticos y todo lo que estos crean de empleos, talleres y ocupaciones dependientes de ellos. Lo que podría impulsar una descentralización habitacional (se podría trabajar incluso desde pueblos y zonas rurales) y un impulso de las zonas menos pobladas, acaba impulsando nuevas y mayores megaciudades; pero con empleos tan volátiles y perspectivas tan etéreas siempre, que la inseguridad, la angustia, el continuo desasosiego y falta de previsión posible serán la constante.

Eso acarrea que muy poca gente joven se atreva a plantearse proyectos familiares: hijos, seguridad, un hogar familiar... Y cada vez más gente mayor sienta que el terreno sólido que siempre pensó que pisaba, se esté convirtiendo en terreno minado que en cualquier momento lo deja con el culo al aire.

Si a esto le sumamos que los jóvenes (y los no tanto) se han ido acostumbrando a no escribir (ni leer) textos que pasen de un poco más de unos cuantos caracteres (no ya palabras, ¡caracteres!) y

a moverse siempre entre algodones, en vehículo hasta para ir a por pan o tirar la basura a un contenedor que está a cincuenta metros, etc. etc., lo que nos vamos encontrando es una población de tullidos físicos y mentales que están inseguros ante un mundo que los maneja como utensilios de usar y tirar, que buscan en su ocio olvidar hasta que necesitan olvidar y que se aturdirán con sustancias, ruidos, luces y lo que haga falta por tal de arrastrar sus días miserables (pero felices, y si no que se lo pregunten a su Facebook), cada vez más infantilizados y superficiales y pendientes de modas, apariencias, aspecto (aunque haya que matarse a gimnasios, dietas y operaciones varias) y, sobre todo, pendientes de qué comprar y qué tener para sentir que de alguna manera tienen que llenar el vacío que los consume.

Y en el consumo compulsivo con el que intentan llenarlo, cada vez se incluyen más cosas, como la prostitución (a veces vendiendo el cuerpo en páginas erótico-pornográficas), la pornografía (y a edades cada vez más tempranas), el juego (también cada vez más pronto en la vida).

Los datos que las grandes corporaciones obtienen mediante el uso de sus páginas, no solo predicen lo que podrán vender, sino también impulsan conductas mediante recursos de la psicología conductista. Y no reniegan de

manipular mentes inmaduras y frágiles; antes al contrario, acostumar y habituar a esa clase de consumo procuran hacerlo ya desde niños y adolescentes. Saben de sobra que lo que se adquiere en esas etapas de la vida va a marcar la personalidad de forma honda y larga. Ya en 1953 Skinner y los conductistas propugnaban dispositivos y procedimientos para modelar el comportamiento guiándolo hacia fines específicos y maximizando la rentabilidad de los accionistas (lo llamaban “arquitectura de la elección”; hasta en su nombre eran pretenciosos y falaces). La diseñaban (esa arquitectura tan particular) para llevar a *empujoncitos* -emocionales en lo fundamental- hacia los comportamientos y actitudes deseadas. Desde la perspectiva de esos *arquitectos*, el hombre autónomo es una fuente regresiva de resistencia a un futuro racional. He aquí la endiosada razón como excusa para ser dirigidos y “conducidos” racionalmente. *El sueño de la razón produce monstruos*, dijo Goya.

Estos señores, entre otras cosas, decían que el límite entre lo público y lo privado no es algo que esté fijado. El límite varía cada vez que se descubre una técnica para hacer públicos hechos privados. O lo que es lo mismo, la privacidad estará siempre a expensas de los avances técnicos. La técnica (controlada por sus “especialistas”,

dueños de la razón y de la rentabilidad) es la dueña. No los individuos y ni siquiera el Estado como lugar público de gestión de los individuos. La máquina controla (cosas como el reconocimiento facial, el digital, chips corporales cada vez son más frecuentes) y la certeza de seguridad (o la creencia en ella) compensa el miedo al terror y la inseguridad social.

Desde esos precedentes, ahora gentes como Pentland (asesor del Foro Económico Mundial, con muchos estudios y conferencias a sus espaldas y financiado tanto por empresas como Google, IBM, Twitter, etc. como por gobiernos como los de EEUU y China) dicen cosas como que las “migajas digitales” que dejamos en nuestro uso de las redes y de internet en general, cuenta una historia de nuestra vida más concreta que nada de lo que nosotros mismos podamos revelar conscientemente. Se recaban lugares visitados, dudas, simpatías, tonos de voz ante cada situación, actividades que hacemos en casa y fuera de ella..., con lo que somos totalmente predecibles y orientables para encajar en la máquina sin que haya roces e imprevisibilidades.

Humanize (nueva marca) recurrió al eufemismo de “vías mínimamente invasivas” de instrumentar la conducta humana que hagan posible la recopilación extensa y completa de

datos en “entornos que resulten naturales” para los observadores. Eso incluye, por ejemplo, gafas, audífonos, zapatos, pulseras, relojes o chips bajo la piel “inteligentes”, integrados en el sistema de recabado de datos. Siempre en aras del “bien colectivo”, una “sociedad armoniosa” repleta de hiperconsumidores que consuman y no den problemas ni tengan miedo a la inseguridad. Las decisiones políticas cada vez pintan menos, pues el control será computacional, “racional” y previsible. Beeeeee.

Nos dice Pentland: *Disponer de una ciencia predictiva, matemática, de la sociedad, que abarca tanto las diferencias individuales como las relaciones entre los individuos nos brinda el potencial de modificar extraordinariamente la forma que las autoridades gubernamentales, los directivos empresariales y los ciudadanos tienen de pensar y de actuar.*

Así, cosas como política, clases sociales, asociaciones, partidos, sindicatos..., quedan anticuados. Ahora los mecanismos de “interacciones sociales” (lo que Skinner llamaba “capacidades especiales del grupo”) es lo que hay que conocer mediante los algoritmos para diseñar unos “mejores sistemas sociales”. Amoldar a los individuos a esos sistemas Pentland lo llama “afinar la red”. Y explica que *dentro del mundo de*

las finanzas digitales de eToro hemos descubierto que podemos moldear los flujos de ideas entre personas dando pequeños incentivos - empujoncitos- a los individuos pues con ello se consigue que los negociantes e inversores aislados interactúen más entre sí y quienes estaban demasiado interconectados no interactúen tanto. Estamos en la SOCIEDAD DEL ENJAMBRE, con la presión del grupo como ley de hierro. No es de extrañar entonces que cuando preguntaron a un directivo de internet por el futuro de este, contestara que en el futuro desaparecerá. Él lo veía integrado en cada cosa que usemos (ropa, complementos, puede que nuestra propia piel con implantes bajo ella).

Pero no adelantemos acontecimientos, que de eso hablaremos en la segunda parte.

CÓMO SOMOS. DÓNDE ESTAMOS

Empecemos por lo más general y que podríamos decir que está en la base de nuestra economía como sistema: las finanzas.

Fueron ellas las que permitieron y permiten las grandes inversiones que el afán productivista (y consumista) necesita y provoca. A poco que las observemos con ecuanimidad y sustancia, enseguida notaremos que funcionan con la lógica y secuencialidad de una estafa piramidal: los que controlan e inician la estructura acumulan a costa de los que en escalones inferiores les dejan su dinero y, a su vez, se endeudan a costa de otros que están más abajo y que se endeudan a su vez. Y ya sabemos, por experiencia, que toda estafa piramidal acaba desplomándose. La deuda es sistemática. Empezando por las deudas estatales que aguantan más porque tienen un respaldo legal y juegan con más recursos. Pero las leyes, al final, solo son palabras y los recursos tienen un límite. En la actualidad TODO EL MUNDO está endeudado con porcentajes que en cualquier economía familiar resultarían asfixiantes. Hasta los países más ricos (EEUU y China) son los que

más deuda tienen. Y bastará con que en cualquier parte de la pirámide se empiece a fallar para que toda la estructura se desplome por su propio peso. En realidad la estructura actual ni siquiera es una pirámide. Parece más bien una seta: la economía real es el pie, pero la deuda se ensancha sin cesar por la cabeza, hasta que se desplome. Ya ha dado varias muestras de lo que puede ocurrir con crisis como la Gran Depresión o la explosiva del siglo XX hasta la de la burbuja inmobiliaria y los préstamos tóxicos a principios del siglo XXI. Pero eso son bromas en comparación con lo que ocurrirá cuando la seta se desplome. Las políticas keynesianas de economías impulsadas desde los gobiernos con grandes obras públicas ya no son posibles porque los Estados no mandan. Son apenas perritos guardianes de los grandes pastores de las empresas tecnológicas (a menudo, a su vez, financieras también). Y la confianza y la fe de la gente cada vez está más minada y anda a la deriva entre fantoches que hacen alaracas y prometen mentiras a remolque de los algoritmos de su maquinaria. Durante siglos, milenios incluso, el oro y la plata fueron la garantía aceptada universalmente para la confianza en la moneda. Pero el poderío estadounidense en la década de los 70 del siglo XX impuso el dólar como garantía. Mientras EEUU fue un país

potente y sin grietas, la fe en el dólar se aceptó. Pero la fe es algo volátil que no sabe de fidelidades si el mito en el que puso la confianza se resquebraja. El dólar, al fin, sin el respaldo de oro que lo garantice, no es más que papel que ni para limpiarse el culo sirve. Es demasiado pequeño y rasposo. Y todas esas monedas que basan su poder en la fe en la tecnología que pocos comprenden y saben manejar (las criptomonedas) se basan, de igual modo, en una fe muy frágil. De hecho, entrar en el negocio de las criptomonedas es tan juego de azar como las acciones del bolsa. Y quienes confían en ellas igual pueden enriquecerse que arruinarse en cuestión de días. Y eso sin haber movido un dedo productivo; con la mera especulación. Solo los ludópatas se atreven con ellas, y no tanto porque confíen en su seguridad, sino todo lo contrario: su riesgo y sus posibilidades de enriquecimiento rápido y especulativo (o de ruina con mayor rapidez todavía).

Ese juego solo puede durar un tiempo, y eso porque estamos en una sociedad infantilizada y ansiosa que quiere ganar mucho y rápido para poder consumir mucho y aparentar más, sin importarles si eso lleva de modo inexorable hacia el abismo.

Pero hagamos ciencia-ficción o miremos la realidad como un cuento de hadas y pensemos que eso no va a ocurrir nunca, que el abismo no está ahí. Que podemos seguir creciendo y creciendo sin cesar, produciendo (y consumiendo) cada vez más sin que las finanzas se resientan.

Pero, ¿y el medio? La naturaleza, el planeta..., ¿pueden resistirlo? Ya con el consumo actual tenemos mares y ríos cada vez más contaminados, con islas de plásticos y sustancias en las aguas venenosas y dañinas, aire cada vez más irrespirable en las ciudades, tierras y acuíferos contaminados con pesticidas, herbicidas, abonos químicos para que los grandes monocultivos sean rentables y produzcan al nivel que esta economía necesita. Añádase a eso el efecto invernadero y el cambio climático, el derretimiento de glaciares y permafrost, las sequías y lluvias torrenciales cada vez más frecuentes e incontrolables, las previsible subidas del nivel del mar que harán inhabitables ciudades muy pobladas, la escasez de materias primas por el abuso de su consumo. Y no es solo el petróleo, que también; es el agua potable, la arena útil para la construcción (la de los desiertos no sirve), los metales raros necesarios para los aparatos de informática e incluso para las “energías renovables”; porque el viento, el sol o el agua son

renovables, pero los materiales con los que se hacen sus centrales (y se mantienen) son escasos, raros y costosos. Todo eso ya está teniendo problemas. Primero que nada para los países productores de materias primas, por lo general saqueados por empresas y países poderosos; pero también para los propios países ricos que ven que, además de tener un envenenamiento cada vez más alto de su medio natural, en cualquier momento se pueden acabar los materiales que necesitan y a ver entonces... Sin embargo, en lugar de tomar actitudes prudentes y previsoras, actúan con una ceguera enfermiza intentando exportar su “modelo democrático” (que en esencia quiere decir consumista) moderno, confortable, etc. etc. Y lo consiguen, claro, porque su capacidad para convencer desde su tecnología, su control de la información (y la desinformación con mentiras a medida) y de la educación y los medios de comunicación y redes, y a final el propio modelo de vida consumista, confortable, lujoso (al menos en partes de la sociedad) y de apariencia feliz, son muy convincentes y fascinan a cualquiera que no tenga una gran capacidad crítica por sí mismo y sea capaz de mirar un poco a fondo todo. Entonces, países como India, China, Pakistán..., también quieren sumarse a la fiesta.

Y si ya con la fiesta centrada en EEUU, Europa, Japón, Australia y algún que otro país

pequeño el planeta está como está, ¿qué va a pasar cuando se sumen los miles de millones de esos nuevos países que van creciendo? Y con qué derecho puede un europeo o un americano o un australiano o un japonés que tienen varios coches, varios televisores, muchos teléfonos móviles por familia, electrodomésticos robotizados que hasta barren la casa solos, controlan la temperatura y te pueden avisar de que tienes una cita el martes, con qué derecho, digo, le van a pedir -exigir es lo que suelen hacer, acostumbrados a su prepotencia- que ellos no hagan eso. Lo van a seguir. Van a imitar el modelo. Y cada vez más gente de países explotados, con problemas de pobreza, guerras, etc. etc., van a querer coger un poco de esa riqueza que se expone como muestra de desarrollo, poder, estatus y supuesta felicidad. Ya está ocurriendo. Pero, claro, esos movimientos asustan, primero porque si se tiene que repartir, la riqueza es menor. Y además, esas olas de gente “inculta y arcaica” traen costumbres y formas de pensamiento distintas. Y toda la estructura se puede resentir, así que hay que poner muros, barreras y controles exhaustivos que eviten que eso ocurra.

Solo que, a fin de cuentas, todos somos humanos. Da igual donde nacimos (que es una cuestión de mero azar) estamos hechos de la misma carne, los mismos huesos, la misma sangre

y las mismas secuencias de ADN. Las cuestiones como raza, religión, país, lengua, etc., no tienen ninguna diferencia científica que haga a unos superiores a otros. Ni nadie, si no está enfermo de egolatría, puede considerarse “elegido” por Dios o por lo que sea o por quien sea, para querer algo que le niega a los demás.

Al final, la corriente que el sistema crea arrastra a todos por igual. Todo el mundo quiere consumir, aprender y crecer sin límite. Y en ese mundo que gira y arrastra que hemos hecho es en el que tenemos que vivir e intentar ser felices.

Pero, ¿lo somos? Vamos a pensar un poco.

Comencemos por la familia. Algo que no hace mucho era extraño o ni existía, en la actualidad va viento en popa: las residencias de ancianos. Los viejos en casa estorban; en ocasiones porque las enfermedades y las goteras de la edad (alzheimer, parkinson, demencia senil, etc.) los hacen muy difíciles de atender y en centros especializados tienen una atención que en casa no se les puede dar. En otras, porque son viejos y pejiğeras y cosas así. Podemos poner eufemismos (que es algo muy actual), pero no vamos a tapar con ellos la realidad. En un centro residencial podrán tener atención técnica (si el centro es bueno), pero nunca el afecto y el cariño de la familia. Eso es anticuado y “cateto”.

Del mismo modo, los niños irán a guarderías a edades cada vez más tempranas. El trabajo y las ocupaciones de ambos cónyuges así lo exige. Y, de hecho, un lugar se considera más moderno y desarrollado si tiene buenos servicios de guardería desde edades más tempranas. Los bebés tendrán mejor atención técnica; pero el cariño de sus padres y el pecho y calor de su madre lo pierden desde edades cada vez más tempranas.

Y, al fin y al cabo, las guarderías tienen un horario. El resto del tiempo están en casa, y en ella la mayor parte de su vida, y también cada vez desde edades más tempranas, estarán atendidos por canguros (si hay dinero para pagarlos), por los abuelos (que como canguro sí que se tienen en cuenta) y, después, por televisión, aparatos electrodomésticos de seguimiento y, ahora, desde muy pronto, móviles, redes sociales y aparatos de realidad virtual que acaban siendo gran parte de su realidad habitual. Con lo cual los mecanismos de ese mundo van a ser los que les vayan educando desde muy niños. Así, tal como Kiku Adatto reflexiona: *a los niños se les educa para ver todas las relaciones en términos de mercado y a ver a los demás (incluso familia y amigos) a través de percepciones y evaluaciones generadas por el propio mercado (aspecto, valoración social, modas...).*

Desde bien pequeños son educados como consumidores, con dependencia del móvil, las tiendas, los supermercados, objetos, alimentos, ropa... El mercado de la “apariencia” le entra desde bien pequeño, con éxitos comerciales masivos tan indicativos como la famosa canción “Antes muerta que sencilla”, que con tanto desparpajo jaleaban y reían miles y miles de padres.

La coquetería y el “aspecto” se llegan a venerar tanto que, por ejemplo, en Gran Bretaña se hizo un estudio estadístico en el que se comprobó que el 63,5 % de niñas entre 7 y 10 años (7 y 10, no hay error de cifras) se maquillan. Y entre los juguetes de más éxito de ventas entre niñas de edades bien tiernas son juegos de maquillaje y muñecas que siguen la moda (en ropa, en figura, etc. etc.). Firmas comerciales como Mintel proponen incluso poner máquinas expendedoras de cosméticos en centros educativos y cines.

Pero es que, además, los padres cada vez pintan menos como educadores incluso a la hora de comprar. De hecho es al revés, los padres consultan (en estudios estadísticos recientes hasta en un 89 %) a los hijos pequeños lo que deben comprar. Las grandes empresas lo saben y lo impulsan, pues también saben que la voluntad

infantil, virgen, inocente y receptiva, es fácil de manipular y llevar a donde ellos quieran. Así que, manejando la voluntad de los niños, manejan también la de los padres. Es la familia invertida. Como resultado, la autoridad paterna cada vez está más deteriorada y, en consecuencia, la falta de seguridad y de referencia en el adulto a la que aferrarse desaparece. Se crea así una inseguridad que autores e investigadores como Tori de Angelis afirman que está más que demostrado en diversas investigaciones médicas, son el factor central de las ansias consumistas. El vacío, la ansiedad y la angustia existencial se quieren llenar con cosas que se compran.

Y la adolescencia, etapa difícil como ninguna, en la que se está perfilando la figura, la personalidad y la autoestima, va a llegar con una infancia sin referentes que no sean los del mundo consumista. Pero ahí las redes y las dependencias se van a agudizar más todavía. Hoy día lo peor que se le puede hacer a cualquier adolescente, lo que peor soportan, es que se les quite el móvil. La adicción y la dependencia ha llegado a ser de tal magnitud que arrebatárselo les crea crisis de ansiedad, un mono casi peor que el que sufre cualquier drogadicto al que se le niega una droga. ¿Y qué encuentran en su móvil? Además de la publicidad dirigida y selectiva que el uso del

móvil les permite a las grandes empresas de ese ámbito, cada vez más se topan con contactos de mundillos degenerados y corruptos, incluida, por ejemplo, la pornografía que, también según estudios estadísticos, cada vez está más extendida y desde edades más tempranas como los 7 u 8 años (tampoco hay error en las cifra: 7 u 8 años). Si esa es la educación sexual a la que se acostumbran, y esa es la “presión del grupo” que tanto poder tiene a esas edades, ¿cómo extrañarnos entonces de que su sexualidad sea cada vez más retorcida, antinatural y perversa y aumenten las violaciones -incluso en grupo-, los abusos, etc. etc.?

Tampoco es de extrañar, como me comentó una directora de un grupo de teatro que llevaba versiones feministas de Blancanieves a los colegios, que haya chavales ¡de ocho años!, que viendo la obra le gritaran al enano de turno: ¡Fóllatela! ¡Fóllatela! La obra puede ser muy feminista; pero la mente de esos chavales ha sido educada por redes que venden porno, entre otras cosas, porque en eso consiste su negocio.

Y luego están los acosos de todo tipo desde el anonimato de las redes, que acaban provocando tantos problemas psicológicos y cada vez más suicidios.

Es el precio de la libertad, ¿no?, nos podrá decir alguien. Pero, ¿nos ayuda esa supuesta libertad a ser felices de veras?

La juventud se supone que es la época de la fortaleza, del riesgo, de la audacia. Pero si viene de estar dando bandazos desde la desatención (o la atención derivada, en el mejor de los casos) a la sobreprotección y el mimo consumista para compensar lo otro, y encima lo que se encuentra es un mercado de trabajo cada vez más inestable, con contratos mal pagados y siempre en la cuerda floja, a expensas de que te sustituyan o te manden al quinto pino por la movilidad de la empresa, o tengas que reconvertir tu actividad porque ha cambiado la tendencia predominante o se ha renovado por completo la tecnología..., la inseguridad, el vacío y la angustia existencial seguirán siendo el terreno sobre el que pisas. Será un nómada sin raíces; pero no como los nómadas tradicionales que se movían sin ataduras y eran libres como el viento, sino nómadas esclavos a los que su empresa mueve como peones sin raíz ni sitio al que agarrarse. Con el consumismo impregnado en su sangre, les pasará como al camello enfermo de los cuentos árabes, que cuanto más bebe, más sed tiene. Con ansias devoradoras de consumo, pero sin empleo estable (si es que tiene empleo), sin posibilidad de

acceder a una vivienda a un precio asequible y con una inseguridad y una ansiedad que lo martiriza por dentro. Añadamos a esto la volatilidad y confusión de lo que percibe a su alrededor: una política en la que nadie cree, pero por la que todos se pelean en discusiones estériles entre las corruptelas y los achaques de unos y otros (en todos los ámbitos y zonas, de extremo a extremo y de medio a medio), mitos deportivos, culturales, religiosos (esos ya menos), que todo el mundo reverencia, aunque de boquilla todos son racionales, libres e independientes, una sexualidad cada vez más confusa y cambiante (en algunos impresos de matriculación de universidades dan a elegir entre cinco sexos distintos. Y cuidadito, que si te limitas a poner hombre o mujer, sin más, te van a mirar raro), mutilaciones de cuerpo (con pilsin, tatuajes, pendientes, incluso en zonas genitales o en la lengua) como moda, mientras que se pone el grito en el cielo si otras culturas primitivas hacen mutilaciones por su cuenta; pero por otras ideas, ¡no vas a comparar! Nuestra verdad es indiscutible. La de los demás de qué...

El resultado no puede ser más que una juventud débil, confusa y vacía. Y la manera de esconder eso en su conciencia es perder la lucidez, anonadarse con sustancias químicas, botellones,

fiestas en las que el ruido, la charla superficial, si la hay, la masificación y el movimiento reiterativo y mecánico llenen el vacío existencial con ruidos, alucinaciones y excitaciones superficiales que acaban siempre en hastío, anonadamiento e impotencia derrengada. Y aquí el tópico de cambiar el Ser por el Tener se queda viejo. Ni siquiera es el tener, sino el Parecer. Prisioneros de las redes y de la imagen que se proyecta en ellas, se vivirá pendiente del móvil para ver cuántos Me gusta se han conseguido, aunque para conseguirlos haya que hacer el gili, imitar bailecitos estúpidos o tomarse en broma lo más sagrado, si es que queda algo que lo sea y si no, a cosas tan “antiguas” como el honor, la fidelidad, el amor, la honestidad, la sinceridad o la solidaridad.

Navegar en el mar de las redes les hará sentirse azotados por la envidia, aunque sepan que muchos de los que se muestran triunfadores y felices mientan, como miente uno mismo para parecerlo también. Pero como todo es un juego y nunca se puede saber con certeza qué parte de mentira hay en el envite, se navega más para sentirse mejor. Y el resultado vuelve a ser más envidia, más mentiras y más inseguridad. Y vuelta a empezar. Como cualquier juego que apasione, nunca tiene un final claro como no sea la ruina total o, en cada vez más casos, el suicidio.

Y ¿superan los adultos todo esto?, ¿o más bien lo apuntalan y promueven, hundidos en su propia vorágine consumista y superficial?

Volvamos a las afirmaciones públicas de uno de los portavoces del pensamiento actual. Pentland afirma: *Va siendo hora de que abandonemos esa ficción de los individuos como unidad básica de racionalidad y reconozcamos que nuestra racionalidad está principalmente determinada por el tejido social que nos rodea. Y todavía aclara más: El verdadero problema es, más bien, que los procesos de pensamiento “internos e inobservables” actúen como una fuente de fricción que se mantiene de vez en cuando desbaratando nuestros patrones sociales. Por fortuna -concluye- las desviaciones con respecto a nuestros patrones sociales reguladores ocurren solo en un mínimo porcentaje de ocasiones.*

En palabras más claras y directas: la racionalidad la declaran ellos y el que se salga de su racionalidad es antisocial. Solo los borregos pueden entrar en su “física social” y ser pastoreados por sus direcciones para así poder consumir de los sabrosos pastos del “mundo feliz” (Huxley es más actual que nunca). Claro que lo que no dicen es que el destino final de los borreguitos acaba siendo el matadero.

Ya hemos visto que Amazon, para instalar uno de sus centros de operaciones en EEUU y valiéndose de una subasta, con el aliciente de que una empresa que mueve tanto capital siempre creará empleo directo e indirecto allá donde se instale, consiguió suelo, verse libre de impuestos e incluso subvenciones a cargo de los impuestos de los demás. Es decir, que a gente (muy poca) que **gana más de 300 millones de dólares al día**, mientras el sueldo medio de un estadounidense no llega a los 100, no millones, sino dólares a secas, se le libra de impuestos, se le regala suelo y, encima, se le pagan subvenciones para montar su garito con los impuestos que pagan los ciudadanos medios y pobres. Y uno se pregunta, alguien que gana más de 300 millones de dólares al día, ¿qué necesidad tiene de andar evitando impuestos y rebajándose a actitudes tan miserables? Solo una enfermedad del alma (o de la mente para ellos, que no reconocen la palabra alma como algo real), puede explicar esa codicia insaciable. Pero ese es el mundo que entre todos (por acción u omisión) hemos hecho (unos más que otros, desde luego). Son las grandes empresas y los políticos serviles quienes crean la estructura; pero esos políticos serviles están ahí porque mucha gente los ha votado y ha aplaudido que se porten como siervos babosos para conseguir que

Amazon ponga su centro donde ellos mandan. Y esas empresas ganan tanto porque nos prestamos a su juego y consumimos todo lo que nos echen, aunque sepamos que lo hacen a costa de cargarse el comercio tradicional de barrio, de gente que conocemos pero que no pueden permitirse los márgenes y las maniobras que sí pueden ellos. Y desde los medios de comunicación, propiedad casi siempre de esas grandes empresas o deudores de ellas, perritos falderos que se presentan como profesionales independientes, los corean y defienden y acosan y acorralan a cualquiera que los critique. Son los perritos de Paulov y en cuanto el amo hace sonar su campanilla, ellos babean.

Cualquier gran empresa moderna puede diseñar en el país A, fabricar en el B, probar en el C, tener técnicos que le teletrabajan y atienden a la clientela en el D, registrar patentes en el E, ceder derechos de comercialización en el F. Y nos les faltarán paraísos fiscales en los que guardar el capital para pagar menos impuestos, si es que no se libran de ellos del todo. Y que a nadie se le ocurra hablar de legislación internacional que lo impida o Paulov sacudirá su campanilla para que los perritos ladren a coro.

Bancos poderosos pueden inventarse productos financieros engañosos ocultando

riesgos y pérdidas cuando las haya, y venderlos como inversión segura. Cuando el castillo de arena se les viene abajo, los gobiernos asustados, en lugar de expropiar y hacer pagar con sus bienes a los ladrones y con cárcel a los tramposos, les rescatan los bancos, otra vez con dinero de los mismos a quienes engañaron y hasta hacen indemnizaciones millonarias por despidos de dirigentes incompetentes. Si el incompetente es un trabajador básico, se le da una patada en el culo y búscate la vida. A los ladrones, estafadores y corruptos, se les indemniza y entre todos se hace pagar los platos rotos. Y que a nadie se le ocurra hablar de nacionalizaciones de la banca o cosas por el estilo, que Paulov saca su campanilla y a los perritos les aterra perder su comidita.

En los aspectos técnicos hemos avanzado mucho. Hay una tecnología que apabulla. Pero en los aspectos sociales hemos retrocedido, no ya a épocas de siervos que pagan y sostienen los lujos de sus señores, sino más bien a los del esclavismo, en donde los amos manejan a su capricho a sus esclavos, les dan poco más que el mero sustento (si tienen trabajo, que si no, ni eso) y tienen un lenguaje secreto (una escritura solo accesible a los Sumos Sacerdotes), de tecnología y enredos legales que solo ellos y sus sacerdotes conocen y dominan. Y son, además, los que saben lo que a

su pueblo le conviene. Ellos tienen el poder y la razón y si tienen que “dar” algo, lo hacen de manera que eso les libre de impuestos y ellos decidan a quién y para qué sus dádivas, no instituciones elegidas por la gente, que son más bien una carga y un atraso. Son dioses vivos. Todo lo saben, todo lo pueden, todo lo controlan. Y todo es suyo; agrádeceles lo que te den. Honor, salve y gloria, amén.

Y, por supuesto, no asumen que el deterioro del planeta se debe a su actuación y su sistema. Ellos son, más bien, quienes lo salvan y tienen políticas verdes y todo. Pero, en el mejor de los casos, con tecnología en teoría limpia, cada chip de ordenador requiere 32 kilos de agua y 1,5 kilos de combustibles fósiles para su fabricación. Y luego está su mantenimiento y ultraconsumo. Y con su actitud que todo lo privatiza (hasta el agua y van camino de hacerlo con el aire para su uso Limpio), los que se quedan fuera del juego acaban malviviendo en barrios degradados y miserables. Ciudades como Cleveland y tantas otras, en otro tiempo prósperas, al quedar tanta gente arruinada y excluida, se convierten en fantasmas degradados y conflictivos. Y conforme los países menos favorecidos por climas duros, políticas demasiado corruptas, colonización económica, tecnológica y cultural, etc., se degradan, muchos de sus

habitantes migran a lugares menos desestabilizados y desestructurados (todavía). Y entonces los que viven en zonas menos degradadas se asustan y claman pidiendo seguridad. La violencia, en unos y otros sitios, va creciendo; en unos lugares poniendo muros y guardias con armamento; en otros saltándose los y enfrentándose como pueden a esa otra violencia.

Las ciudades se van convirtiendo en lugares inhóspitos, llenas de muros, vigilancia, desconfianza, accesos controlados, incluso se diseñan nuevos bancos para que no puedan ser utilizados por vagabundos y, si la ciudad tiene una cierta prosperidad porque le ha tocado la guinda del pastel (durante un tiempo al menos), junto a barrios degradados y gente que deambula entre colas de asistencia social (cuando la haya), habrá zonas de acceso restringido con grandes espacios comerciales, restaurantes incluso con servicio disfrazado que sirve mediante juegos y representaciones, restaurantes para perros mascotas, etc. etc. Pero siempre con el miedo de que los perdidos, “la chusma” desfavorecida, “vagos” sin trabajo que no tienen puesto de trabajo en la nueva estructura y no sirven para la producción, pueda ver colmada su paciencia y se decidan alguna vez a tomar por asalto los medios de subsistencia. Así que más muros y policías y

empresas de seguridad al canto.

Y el caso es que experimentos como el que se hizo en Estocolmo de planificar zonas colectivas y espaciosas, con buenos y abundantes servicios para que sus viviendas fueran habitadas por jóvenes, acabaron abandonadas. Los jóvenes preferían vivir en espacios apretados, individuales, más parecidos a los suburbios de EEUU que a la planificación moderna y equilibrada de los suecos. Al final, la seguridad más que tranquilidad da tedio. Y como nunca será bastante, es un alimento para el miedo que muerde y se retroalimenta en una espiral sin fin.

Diferencias abismales y, sin embargo, en el anhelo íntimo, los mismos deseos y compulsiones: el consumo creciente y sin fin. El síndrome consumista del que habla Zygmunt Bauman, por el que no solo se desea consumir, sino que la propia existencia se define en relación al consumo. Inclusive la felicidad, el tiempo libre, la valoración propia según la marca que se use, la ropa que se lleve, el coche que se conduzca, la casa en la que se viva, los lujos que se disfruten...

Y previo al síndrome consumista, se hace necesario el productivista: la producción por encima de todo y como solución para todo. Y para eso hay que fabricar cosas que se desechen pronto

(el usar y tirar), que no duren mucho, que caduquen rápido. Una vida de derroche y superficialidad en la que el gasto nunca sea excesivo; da igual lo que el medio se deteriore por el expolio de la naturaleza y la contaminación de desechos y basura. Si hay que deforestar bosques, se deforestan. Si hay que llevar basuras a otros países, se llevan; al menos las tendremos lejos (por un tiempo). Si se recalienta el clima, da igual; se niega o se le quita importancia; eso siempre pasó...

Y las adicciones se acumulan una detrás de otra. Tabaco y alcohol ya son bromas; ahora hay otras drogas de diseño que, por desconocidas, no se saben sus efectos secundarios todavía. Pero ya no solo drogas químicas. Ahora habrá adicciones al móvil, a las marcas, al gimnasio, a las dietas, a la silicona, a las operaciones estéticas, a las sustancias que cambian el aspecto o que intentan conservarlo joven... La forma física, el aspecto juvenil, el cuerpo escultural, la "salud", más por la apariencia que por el equilibrio y la realidad, nunca serán bastantes, porque siempre hay alguien en redes que está mejor. A pesar del incremento en dependencias de operaciones y productos para mejorar el aspecto físico, el tiempo es inexorable y siempre hay gente que está mejor. Como cualquier droga, los primitivos placeres

acaban convirtiéndose en obsesión compulsiva, angustia y mono autoagresivo y deprimente. Pero hay que esconderlo, por lo que se procura taparlo con psicólogos y nuevas sustancias que lo disimulen. Hasta que pierden su eficacia y hay que aumentar la dosis y, aun así, la depresión acecha. Y la muerte, el nuevo tabú cuando el sexo dejó de serlo, también acecha. Y, cada vez más a menudo, por desgracia, acaba convirtiéndose en la única escapatoria para la autodestrucción. El suicidio es, de manera creciente, una de las mayores causas de muerte de los países desarrollados. Autores como Anne Case y Agnus Deaton hablan (en EEUU) de *enfermedades de la desesperación, incluyendo en ellas el alcoholismo, muertes por sobredosis, suicidios, etc. Y los casos se cuentan por cientos de miles por año. Y no paran de crecer.*

Hay una curiosa paradoja en el ser humano de nuestra actual civilización en el momento actual: por un lado, el afán de protagonismo en las redes y medios ha llevado a que el miedo al ridículo haya casi desaparecido por completo. Por tal de acumular Me gusta o salir en la tele, no importa la ridiculez o deshonestidad o falta de respeto que se está dispuesto a hacer. Hasta delincuentes de poca monta cuelgan sus fechorías en las redes, facilitando con ello su detención por

la policía. Pero eso no importa si cosechan Me gusta en redes. Sabemos de casos en los que se ha perdido la vida por hacer un “selfi” en que se está arriesgando perderla (y se acaba perdiendo)...

Pero, por otro lado, por tal de conseguir estatus y reconocimiento social, no se quiere “hacer el ridículo” de no tener, así que, por encima del tener, si no puedes tener lo que la apariencia social te exige, lo que cuenta es el “parecer” que tienes. Entonces, si no se pueden comprar las marcas caras porque el poder adquisitivo no lo permite, o no se puede ir a la playa X de prestigio, si hace falta endeudarse para aparentar ese poder adquisitivo, se endeudan una y otra vez. Y si ya ni eso es posible, se buscan sucedáneos que cubran la carencia (imitaciones, falsificaciones que den el pego, viajes a lugares de un exotismo más cercano (y barato) pero que den la apariencia de gustos exquisitos). Todo en aras del parecer alguien en el mundo moderno que funciona como un escaparate insaciable y sin fin.

Vamos a seguir repasando actividades y sectores. El campo y la agricultura. La producción agrícola ha ido enfocándose de manera progresiva a grandes monocultivos (con frecuencia en países subdesarrollados con tierras fértiles y climas favorables, pero con mano de obra muy barata y exigencias medioambientales nulas o casi). Para

producir grandes cantidades y a precios muy bajos se ha ido recurriendo, además de a la explotación abusiva de trabajadores casi en régimen de esclavismo y sobreexplotación de suelos, deforestando enormes zonas de selvas, bosques y ecosistemas destruidos, a tecnología invasiva y ciega a otra cosa que no sea la producción y el consumo. Se ha recurrido a pesticidas, herbicidas, abonos químicos, etc., de forma tan exigente que los acuíferos subterráneos acaban contaminados, sufren peligro de extinción insectos tan necesarios como las abejas y los propios alimentos producidos tienen alta contaminación de residuos tóxicos. Pero al consumidor se le ha acostumbrado a comer más con los ojos que con la salud, y cualquier producto agrícola que no tenga un aspecto llamativo (sin botanas, imperfecciones, etc.) se rechaza. Para conseguir productos que tengan aspecto que llame la atención (y también que se adapte a las exigencias de los grandes monocultivos) se recurre a la ingeniería genética para conseguir semillas transgénicas, que además producen plantas infértiles; sus semillas no servirán para plantar, y están patentadas. Con ello, además de crear un tipo de consumidores que buscan sus productos, de aspecto visual llamativo aunque sean menos sanos y menos sabrosos, dejan a los

agricultores sin futuro pues tienen que recurrir a las semillas impuestas en el mercado, y como están patentadas, tienen que comprarlas cada temporada porque las semillas de sus cultivos son infértiles. Se llega a la paradoja (sangrante) de que, por ejemplo, Monsanto al trasladar sus camiones con semillas transgénicas, el viento esparza algunas por los campos junto a los que pasa, que son de agricultores QUE NO QUIEREN CULTIVOS TRANSGÉNICOS. Pero en lugar de indemnizar a estos agricultores por contaminar sus cultivos, los denuncie porque crecen en sus plantaciones algunas de sus plantas transgénicas, patentadas. O sea, no solo contaminan los campos de agricultores con semillas de plantas de las que huyen, sino que en lugar de indemnizarles por ello ¡los denuncian!

En ganadería, las pequeñas granjas de ganaderos honestos que cuidan con mimo y esmero sus animales, van desapareciendo ante la competencia tecnológica y deshumanizada de enormes granjas con todo automatizado, incluso la muerte de los animales en cadenas que son una tortura irrespetuosa y despreciable, con comidas llenas de hormonas para engorde y crecimiento rápido que acaban repercutiendo en la salud de los consumidores (pero, claro, que tienen buen aspecto y comercialización feroz), criados en

espacios claustrofóbicos que mantienen al animal encerrado en un cajón y a veces conectado a tubos, de por vida. Pero eso no sale en los anuncios ni se ve en las redes. Lo único que ven (que vemos) los consumidores es carne de aspecto agradable y envasadas o servidas en cadenas e hipermercados, cuando no por internet.

La industria ya hemos visto lo que pasa. Deslocalizada e informatizada, cada vez con menos mano de obra, con fábricas abandonadas o trasladadas a lugares más baratos y lejanos y con paisajes cada vez más frecuentes de ciudades que fueron prósperas pero han acabado en franca decadencia. Barrios degradados con propiedades abandonadas (los bancos se quedaron con ellas para especular y esperar a usos más rentables; mientras tanto estarán desatendidas, degradándose u okupadas, sin otros servicios que los que puedan prestarse a sí mismo los propios okupas). Y concentrada ahora en nuevas ciudades que controlan, llenas de desigualdades rampantes, consumismo feroz e infantil, leyes propias que nadie controla salvo los propios tecnócratas y manejando las conciencias y la mentalidad de todo el mundo para tenerlos como consumidores compulsivos y aborregados.

Si entramos en el campo del arte y la cultura (incluyamos aquí el deporte como espectáculo), la

mitificación es bien peculiar. Hablamos con desprecio de culturas mitológicas, como si fueran cosa del pasado, y tragamos sin el más mínimo escozor que un cuadro o una estatua o un puente de Periquillo el de los palotes, o el contrato de un jugador del equipo X cuesten tanto (o más) que el presupuesto en cultura de un país de tipo medio (no digo nada ya de uno pobre).

¿Y qué tiene para valer tanto ese cuadro, que puede ser un simple brochazo negro en un enorme lienzo en blanco que pilla toda una pared? No otra cosa que “mito”. Solo que los mitos actuales carecen de la poesía y la imaginación de los mitos antiguos. Son mitos comerciales creados por mercaderes, galeristas, críticos y toda una galería de personajes creadores de mitos, que lo saben hacer muy bien porque hay mucha gente que se los cree y que aceptan esos precios (y si pueden, pagan, porque luego podrán venderlo, y más caro). Tal vez un niño podría decir que la tela invisible del traje del rey que ven los entendidos es mentira, que el rey va desnudo, ¿verdad Andersen? Pero la pena es que, seguramente, tendría que ser un niño de otros tiempos, pues en estos es muy probable que el niño coja su móvil y consulte y, como lo dice el móvil, acabe aceptando también que el rey va vestido con una ropa que solo ven los que entienden. Y él no va a ser menos.

El arte, de hecho, se ha convertido no en un disfrute natural que depende solo de la sensibilidad y la capacidad normal de entendimiento y emoción (qué es normal, ¿verdad? Pues eso...) Ahora también hay que ser un técnico, que entiende la precisión y el lenguaje tecnológico y hasta ministros hay que han hablado de que hay que educar al pueblo para que entienda los “nuevos lenguajes”; aunque para ello haya que llenar de discursos muy largos una explicación sobre el silencio. ???

Adorno reflexionaba sobre la palabra cultura, y dice: *el intento de sintetizar el espíritu objetivo de una época bajo una sola palabra, cultura, delata de antemano la mirada administrativa que reúne, clasifica, sopesa y organiza desde arriba.*

Y que impone, añado yo, la suya (su cultura) como la mejor; es más, como la única válida frente a otras arcaicas, primitivas, anticuadas...

Lo natural, la vida, vive, más allá de las elucubraciones e invenciones culturales. Y los instintos naturales acaban buscando su sitio. Y su arte. Y este no depende de nombres, mitos ni especialistas que te eduquen para “entender”, sino de emociones, claridad mental y recursos intelectuales adquiridos suficientes como para poder acceder a lo que el arte permite, sin

necesidad de élites técnicas que creen lenguajes particulares inaccesibles para quienes no manejen sus códigos. Para eso ya tenemos a las grandes empresas informáticas y sus cohortes de tecnócratas.

El círculo vicioso es curioso en el mundo del arte. El verdadero artista tiene espíritu de rebeldía y confrontación desde lo particular contra la degeneración de lo general (pensemos en Van Gogh, por ejemplo, o en Cervantes). Pero si tienen éxito acaban integrados y comercializados, incluso aunque al principio sea por lo “raro”. Son mimados, comercializados y convertidos en “mitos” (ellos suelen dejarse querer; aunque siempre hay excepciones como aquel Rimbaud que, ya con cierto reconocimiento, al preguntarle por la poesía contestó *a la mierda la poesía*). En ese momento ya no están contra la manipulación del mercado. Ellos son ahora otro producto del mercado y les va bien en él, así que, aunque sea con la boca chica, ¡que viva ese mercado!

Si se mantienen auténticos y críticos es muy difícil que puedan vivir de su trabajo, pues el trabajo artesano es el que de verdad se puede valorar en un mercado no enfermo de mitos espurios. Y en él, los precios pueden oscilar según la calidad y la originalidad, pero lejos de mitos artificiales y sobredimensionados. Y lo artesano,

como mercado, hoy día es casi inexistente y poco valorado frente a la fabricación informatizada y en serie. Primero se lo tragó la industria y la fabricación en serie. La informatización y la deslocalización vino a darle la puntilla.

Si se mira desde otra perspectiva, la “democratización” del arte viene a sustituir un mito por otro. Es hermoso y plausible que a todo el mundo le guste escribir y hagan poemas o relatos sobre sus emociones, vivencias y anécdotas personales. La propia experiencia siempre emociona a quien la vive y a sus cercanos. Pero fuera de estos, esos escritos no son más que lugares comunes que se repiten una y otra vez y ni son artísticos ni emocionan; más bien cansan y hasta pueden llegar a resultar cómicos y patéticos. El fenómeno de que todo el mundo saque su librito y que inunde las redes sociales de lugares comunes y pedanterías archisabidas, lo único que hace es saturar el “mercado” de material aburrido y que entierra entre su cantidad las posibles obras buenas que, entre tal amasijo, son inencontrables. La facilidad actual con que se publica hace, al contrario de lo que podría parecer, más difícil que lo bueno destaque, porque está enterrado entre tanta paja. Hoy día es más rentable hacerse editor que librero. O que autor. Publicar libros, cobrando por

hacerlo, tiene una multitud de clientes que no les importa pagar por tal de sacar su librito. Luego solo lo venden a familiares y amistades (que compran y asisten a presentaciones a menudo solo por compromiso), y hasta estas acabarán cansándose de tanta pamplina. Pero la vanidad y el estatus tienen mucho peso. No obstante, las grandes ventas estarán reservadas a los círculos de las grandes editoriales que mueven medios de comunicación, revistas, distribuidoras potentes y gran capacidad de promoción.. El mercado es el mercado y ahí el arte es secundario y solo vale si los dueños de la estructura comercial, del Sistema, lo quieren.

Con la información pasa otro tanto. Medios locales (televisiones, radios, etc) lo tendrán muy difícil para subsistir. De hecho muchas televisiones locales que se mantenían en gran parte gracias a la labor de voluntariado local tuvieron que cerrar porque los permisos para emitir los compraron las grandes cadenas y estas no querían competidores ni siquiera de cobertura local y los políticos les siguieron el juego. Algunas pequeñas cadenas locales se valieron de redes como Youtube para poder seguir emitiendo sus propios programas en canales de esa red o de otras parecidas. Pero ese mundo, aparte de la saturación en la que es tan difícil no perderse

entre mediocridades, tiene también sus códigos, en lo fundamental mercantiles también. Para aparecer en buscadores como Google u otros, tienes que tener muchos seguidores. Y para conseguirlos uno de los recursos es comprar algunos miles (hay empresas especializadas en buscarlos en sitios baratos) o conseguirlos con condicionantes como el buen tipo, la cara bonita, las insinuaciones con cierto atractivo sexual, la ropa escasa, las bromas (no siempre de buen gusto), el desenfado, la superficialidad, etc. etc., además del factor suerte, por supuesto. Programas que den que pensar o puedan resultar incómodos porque reflexionan y sacan a relucir las contradicciones, los fallos de conducta en la vida, etc. etc., lo tienen en un mundo como el actual mucho más difícil. Las redes sociales han llegado a interiorizarse tanto y a “modelar” con tanta eficacia comportamientos, pensamientos, intereses..., que ir contra corriente es un acto no ya de heroicidad (que también), sino de locura y que acaba provocando soledad, y a menudo rechazo. Las grandes empresas informáticas (de redes y de internet) saben tanto de nosotros que con sus algoritmos y su publicidad personalizada pueden pastorearnos para todo: compras, tendencias y hasta a quien votar. Y no les importa mentir, manipular, saltar datos objetivos (de

hecho los bulos se venden y extienden sin ningún pudor ni remordimiento), con tal de vender y pastorear a sus ovejitas.

La tendencia en educación y en salud es privatizar servicios en aras de la “libertad”; pero ese término usado siempre en sentido comercial, de libertad de negocio y enriquecimiento a costa de lo que sea. Nunca en el sentido de libertad de elección (salvo que tengas dinero suficiente para pagarla), ni de libertad de educación para todos y en la que prosperen mejor los más inteligentes, sean ricos o no, etc. Y en cuestión de salud, que se la pague el que pueda y el que no que se muera de asco.

También el turismo se ha “democratizado”. Al Everest, pongamos por caso, antes solo iban aventureros esforzados que ponían en riesgo su vida. Hoy cualquiera que pueda pagarse sherpas que le lleven las cosas, les indiquen el camino, les instalen campamentos con todas las comodidades y seguridades del mundo, puede ir. Y por eso sus paisajes están saturados de plásticos y basuras de urbanitas pijos que a su currículum añaden: estuve en el Everest. Y quien dice Everest, dice selva virgen (ya bien violada) o desierto. En Marrakech puedes “vivir la experiencia” del desierto en un hotel lujoso (con forma de yurta, eso sí), con luces en la piscina térmica, focos de

luces en los jardines y excursiones en camellos y kuarts. Y, con suerte, te encontrarás con una de las frecuentes despedidas de soltera en el restaurante, con negros bailando a ritmo de darbukas y chicas guay beodas y dispuestas a lo que haga falta. Silencio y cielo estrellado queda para las postales.

En España, sin ir más lejos, lugares que hasta hace poco eran visitados por unos cuantos amantes de la naturaleza y la tranquilidad y belleza incontaminadas, ahora tienen lanzaderas con colas de espera y multitudes de domingueros que van a echar su foto para colgarla en la red y decir: estuve allí, qué guay. Para hacer la foto tuvieron que turnarse con los grupos de chinos y japoneses, además de los nacionales que también querían echarse su fotito (selfi incluido).

Hasta la seguridad se va privatizando cada vez más. Las fuerzas armadas y fuerzas de seguridad públicas se siguen manteniendo. El miedo es creciente porque las desigualdades crecen y con ellas los sectores marginales que tienen cada vez más difícil la subsistencia y, ahora, además, quieren disfrutar de los lujos y placeres que tanta gente disfruta, ¡los muy jodidos! Pero como crece tanto (el miedo, digo), las fuerzas de seguridad públicas ya no son suficientes. Se van contratando (por quienes

tienen guita para ello y muuucho miedo de perder lo que acaparan) guardas privados, fuerzas paramilitares..., eso en ámbitos legales, es decir, permitidos por las leyes. En los ilegales, más que contratar, se organizan. No hay más que ver lo que hacen los cárteles de la droga, o en los ambientes marginales y barrios conflictivos, las pandillas. Y, por supuesto, las minorías privilegiadas que han sabido subirse al carro o han tenido la suerte de encontrarse en el lado bueno de la ruleta, además de fuerzas de “orden” y seguridad que los defiendan, van multiplicando muros, cercas, vallas, barreras y cuantos elementos estructurales les hagan sentirse más protegidos del previsible tsunami (que puede no ser de agua, sino de gente desesperada).

Si hablamos de religiones (libaciones, ritos, santuarios...), hace tiempo que, en teoría, se fueron abandonando en gran medida; en parte por la degeneración institucional y las corruptelas de las élites religiosas, y en parte por el materialismo que fue imponiéndose en la mentalidad y el pensamiento que el capitalismo y la mercantilización de la existencia trajeron. Pero, como bien dijo Jünger y tantos pensadores afirman con buen tino, el ser humano no puede existir sin un contacto con lo telúrico, por lo que ese vacío espiritual ha propiciado en algunos

lugares el renacimiento de las tradiciones religiosas de siempre, y en otros sitios ha dado lugar a corrientes de búsqueda que, con frecuencia, adoptan formas y ritos que imitan a antiguas creencias y tradiciones espirituales, con adornos nuevos que den una especie de cuerpo religioso; pero que se queda en eso y adolece de superficialidad y vacío, permitiendo a veces incluso la manipulación por oportunistas charlatanes que se crean sus cuerpos sectarios de adictos a ritos que incluso llegan a ser autodestructivos. Existe, por otra parte, una gran masa de convencidos ateos que se sienten alejados de religiones y creencias (por supuesto no consideran el ateísmo una creencia, como si la existencia o la inexistencia de Dios fuera algo demostrable), pero que se comportan como verdaderos beatos de su “religión” laica y creyente de la Nada. Su nihilismo está lleno de ritos: los fines de semana en especial, y en mucho de su tiempo de ocio, repiten libaciones (de alcohol, drogas varias), santuarios (en locales de ocio como discotecas, pub, botellones..., a los que “hay que ir”; y si se “comulga” con sexo ocasional y descomprometido, mejor: el rito es más completo), peregrinaciones y concentraciones rituales multitudinarias en conciertos, festivales..., en los que se siguen ritos y conductas en las que

“hay que creer” (no es raro que incluso usen velitas o, como sucedáneo, encendedores con la llamita mantenida...). Y si no, no se es moderno, ni actual, ni razonable, ni simpático, ni guay.

Pero nada de eso consigue llenar la sensación de vacío y de tedio de la que pretenden escapar por momentos, sin conseguir otra cosa que resacas, soledad y más vacío interior y desencanto generalizado.

En cuanto al comercio, pues ahí está. Los pequeños negocios van desapareciendo poco a poco convirtiendo los cascos antiguos de las ciudades en museo de negocios cerrados y abandonados (excepto algunos supervivientes, casi siempre franquicias de grandes marcas o pequeños expendedores de chucherías y refrescos o comida rápida envasada y alguna que otra tienda de recuerdos para turistas). A cambio, en las afueras de las ciudades se multiplican las grandes cadenas comerciales y aumenta la venta por internet de productos baratos (a base de calidad dudosa y, sobre todo, mano de obra semiesclava, o esclava del todo, en países lejanos y subdesarrollados, pero de los que es mejor no saber. Y también mediante imposiciones a los pequeños productores que quieran sobrevivir de su negocio de márgenes abusivos, pero que tienen que aceptar para poder sobrevivir en un

mercado controlado y dopado con precios y técnicas de persuasión de redes dueñas del mundo).

La moneda de papel, que desde que el dólar dejó de ajustarse al patrón oro tampoco es muy de fiar, se va sustituyendo por pagos con tarjeta (que en todos los estudios realizados se comprueba que hace que se gaste más dinero) o, todavía más fácil, con el teléfono móvil o, quien sabe, puede que con un chip implantado bajo la piel (cuando escribo esto todavía no está implantado, pero todo se andará). Y si el dólar es poco de fiar, agárrate a las criptomonedas, que basan la fe en ellas en códigos técnicos al alcance de unos pocos (como la escritura de los sumerios o los egipcios en su tiempo) y que suben y bajan, como las acciones de bolsa, más que un carro en la montaña rusa.

Bueno, es el parque de atracciones, casino incluido, en el que nos movemos en la actualidad: Compren, compren, señoras y señores, que todo está a la venta. Hasta el corazón.

3

QUÉ PODEMOS HACER

Antes de entrar en detalles y desarrollar mis propuestas, dos líneas generales de las mismas me interesa que queden claras.

La primera, que andar contra una corriente tan avasalladora y potente como la actual me parece inútil, cuando no suicida. Más bien creo que lo que hay es que saber nadar aprovechando la fuerza de la corriente, pero sin ser arrastrado por ella y, en la medida de lo posible, saliéndose de ella.

La segunda, que no se vea el pasado como solución. Lo recorrido, recorrido está. Hay cosas del pasado que nos pueden servir y será bueno rescatarlas; pero sin renunciar a todo lo aprendido y a las nuevas formas de mirar; las que no hayan degenerado ni sean perniciosas para el buen andar. Sin embargo, las propuestas serán de presente. Ni siquiera pensando en el futuro; aunque, por pura lógica, de alguna forma también lo configurarán y si, como todo parece indicar, este sistema acaba desplomándose víctima de sus propias contradicciones y su capacidad de

autodestrucción, y si ese desplome todavía nos permite sobrevivir como especie, lo que dado el nivel de destrucción de la técnica actual ni siquiera está claro, los posibles núcleos (pequeños o no tanto, quién sabe) que estén funcionando con las propuestas que aquí barajaré (algunas ya funcionan en sitios concretos), pueden muy bien ser los gérmenes sociales de una nueva civilización y los modelos sobre los que construir; además de ser los grupos sociales con mejor posición para la supervivencia, la defensa y el porvenir ante el caos sobrevenido. Pero no son propuestas para un futuro utópico, sino para un presente más armonioso y equilibrado. Y muchas de las propuestas que haré en realidad ni siquiera son novedosas. Están funcionando ya. Existen, aunque no siempre sean muy conocidas y les falte organización y espíritu de consolidación y dirección conjunta. Y no me refiero tanto a dirección política (que en según qué sentido podría ser contraproducente, aunque en otros, como veremos, puede ser bueno), cuanto a dirección filosófica, de pensamiento y de posición existencial.

Tal vez una tercera línea, o al menos reflexión añadida antes de empezar, es que mis propuestas son todas sencillas y difíciles a la vez. Sencillas porque, en lugar de complejidad y

acuerdos de grandes masas, su ejecución es fácil y se pueden hacer de forma individual (y al menos para esa persona que las ejecute ya le vale) o en grupos, da igual si pequeños o grandes. Y muchas de ellas han funcionado ya en otros momentos y épocas, si bien ahora tendrían el valor añadido de una mentalidad más abierta y sabia, siquiera sea por la experiencia acumulada. Pero son difíciles porque suponen a menudo romper hábitos que se nos han inculcado como leyes de hierro y de los que no siempre es fácil librarse.

Pero dejémonos de preámbulos y vamos a ir viendo cosas que podemos hacer. O que debemos hacer si de verdad queremos cambiar nuestra vida para hacerla más feliz y, de paso, contribuir a cambiar el mundo para hacerlo más habitable y menos destructivo. Sobre todo para nosotros como especie.

En primer lugar, y puesto que el consumo (y la producción) incesante es el motor de esta forma de vivir que nos lleva al desastre, lo que hay que hacer es consumir menos. Lo que no siempre quiere decir gastar menos pues se trata de consumir mejor. Lo que hay que ir descartando es los grandes centros comerciales, las grandes marcas y las empresas de venta por internet, los productos baratos de producción masiva, deslocalizados, con mano de obra explotada sin

piedad y con sueldos bajos, productos fabricados o cultivados de forma masiva, con escasa calidad, tratados con fertilizantes, herbicidas, plaguicidas tóxicos y contaminantes, etc. etc. Tenemos que acostumbrarnos a lo local, no por localismos y xenofobias papanatas, sino por desplazar la confianza a lo conocido, a lo realizado con respeto y cariño, a lo cultivado con aprecio, sin tratamientos venenosos ni de ingeniería genética que solo busca producir mucho y barato para vender mucho, y con patentes, controlando mercados y arruinando a pequeños agricultores y ganaderos respetuosos de sus animales, artesanos o pequeñas fábricas que cuidan tanto la calidad de lo que producen como la humanidad y la vida de sus trabajadores.

Cuanto más naturales, caseras, conocidas y cercanas sean las cosas que consumimos, mejor. Así, además, harán falta más agricultores con explotaciones pequeñas y con estiércol y abonos naturales, semillas naturales, ganaderos con pequeñas granjas y explotaciones ganaderas en las que los animales se críen y sacrifiquen con dignidad, artesanos (carpinteros, herreros, modistas, sastres, costureros, cocineros, gente que fabrica conservas, quesos, etc. etc.).

Para favorecer la comercialización, además de la venta en los locales propios, será bueno

organizar encuentros, ferias comerciales y disponer, en lo posible, de espacios colectivos (con derecho de admisión para evitar competencia desleal de multinacionales y empresas de las que queremos huir). Podrían valer antiguos mercados de abastos, bajos o naves facilitados al efecto, plazas públicas habilitadas en fechas y horas concretas..., cualquier espacio que, sin enfrentarse a la legalidad, la sortee en lo posible.

La moneda es un instrumento de cambio que debe facilitar este (el cambio), no la especulación. Y tiene solo el valor que queramos darle. Así que tenemos que saber aceptar y rechazar lo que nos parece válido como moneda. No aceptar criptomonedas ni cualquier clase de moneda que pueda ser manipulada por grupos, personas o gobiernos para la especulación. Incluso la moneda en papel es harto dudosa, desde que se apartó del patrón oro. Tradicional y masivamente (en todas las culturas que conocemos) se ha aceptado la moneda de oro y plata por el valor intrínseco que tiene, al margen de quién la acuñe. Pone, además, límite a la insensatez de que el consumo puede crecer indefinidamente. Esa es una buena opción y, en todo caso, contratos aislados que se basen en la confianza, la nobleza y el buen corazón de gente que se conoce y respeta.

Y aquí será bueno intercalar algunas reflexiones. La primera es en cuanto al espectro político e institucional. Cuando sea posible, será interesante contar con poderes municipales, comarcales, etc., que se presten a ello. Si ayudan, puede ser bueno. Pero la dinámica tiene que ser, en lo fundamental, autónoma, o independientes de las estructuras oficiales, porque estas están contaminadas por la maquinaria productivista y electoral, siempre cambiante y pendiente de las corrientes que arrastran, cuando lo que queremos es salirnos de ellas.

No hay por qué enfrentarse a ellas. Los partidos, gobiernos, etc., es mejor, si se puede, no tenerlos de enemigos y siempre se puede buscar la forma de “torear” sus burocracias y demandas para que, al menos, no estorben. Pero de ellos no hay que esperar solución. Tampoco digo que no haya que votar, por ejemplo; aunque, desde luego no votar es otra opción legítima. Pero con los votos lo más que se podrá cambiar es pequeños matices y cositas concretas (a veces los matices pueden hacer que merezca la pena el voto por determinada opción). Sin embargo, cambiar la maquinaria ningún partido, desde un extremo al otro del espectro, la va a cambiar, porque es esa misma maquinaria la que los mantiene y engorda.

Otro aspecto a tener en cuenta es el educativo. Descarto, por descontado, los programas electorales, promesas de gobierno, planes gubernamentales, etc., que, del mismo modo, ninguno se sale del funcionamiento de la máquina, con lo que los centros e instituciones educativos (da igual públicos que privados) van a educar para la maquinaria y el sistema consumista. Para evitarse problemas, habrá que acatar aquellas escolarizaciones que sean obligatorias (si bien se pueden buscar en algunos sitios recovecos legales que permitan cosas como educación en casa o similares). Pero lo importante es recuperar la educación en la familia y en ella preservar valores como el respeto, el cariño, la creatividad genuina, el afecto, la empatía, la autoridad (no el autoritarismo, que no tiene nada que ver), la solidaridad, la responsabilidad, etc. Es penoso que sean los niños, por ejemplo, los que decidan lo que se compra, y que además sean las víctimas primeras de la propaganda de la publicidad en redes. Los padres deben recuperar su papel de autoridad, desde el cariño y el diálogo, pero desde la responsabilidad. Y hay que sacar, o todavía mejor, no dejar entrar a sus hijos en círculos de móviles, videojuegos, programas audiovisuales, etc. etc., que los “educan” en el consumismo y la máquina capitalista. No están

tan lejanos los tiempos en que los propios chiquillos nos fabricábamos nuestros juguetes y juegos de grupo, que era frecuente que llevaran canciones y pequeños pasos de danza en su desarrollo. Y todavía es válido lo que cualquier buen pedagogo te dirá de que, al final, a un chaval le acaba divirtiéndose más la caja del objeto caro, que el propio objeto, del que acaba aburriéndose pronto.

Recuperar, por otra parte, el espíritu de los gremios será otra de las cosas a buscar. Gremios como espacio de competencia (por ser competentes, antes que competitivos), solidaridad y enseñanza en los talleres es otro de los factores educativos a tener en cuenta. Y que los propios gremios den garantía de capacidad y bien hacer a quienes imparten un oficio.

Una de las maneras de salir del paro estructural que esta sociedad de la informatización va creando, y a la vez la forma principal de ir saliendo del monstruo, será volver al campo (lo que ya está ocurriendo, aunque todavía a pequeña escala). Hacerse agricultor, ganadero, artesano, pequeño productor..., será una forma de vivir con dignidad e independencia. Y si va habiendo cada vez más gente que consume de esa forma (menos, pero mejor), habrá también cada vez más mercado para lo que se produce así.

Como consecuencia, habrá, siempre que sea posible, que huir del centro de las ciudades (ya, de hecho, ellas mismas se han encargado de echar a la gente que quería vivir allí), y elegir afueras o, todavía mejor, pueblos (cercanos a las ciudades o, en la medida en que la producción y la ubicación de la gente se vaya descentralizando, incluso alejados).

El proceso que ahora se está dando de forma lenta y minoritaria, en cualquier momento se puede volver imparable y desordenado y no ya por decisión propia, sino porque no hay más remedio para sobrevivir. El colapso de las ciudades (y cuanto más grandes, peor) ya está comenzando: alquileres inasumibles, conversión de zonas turísticas en lugares sin casas ni habitaciones estables, barrios marginales llenos de delincuencia y desordenes de todo tipo, grupos de gente sin hogar deambulando como zombis o malviviendo en furgonetas y zonas improvisadas, presión entre zonas y colectivos dispares, degradación medioambiental... Todo eso no va a ir a mejor; los problemas medioambientales, económicos, demográficos, de deslocalización de empresas (y cierres y despidos), etc. van a ir a peor y harán las ciudades inhabitables y desequilibradas. Y los desastres naturales que puedan venir como consecuencia de los cambios

climáticos no harán sino llevar eso a límites de conflicto abierto y violento.

Cuanto antes haya uno sabido elegir un lugar más autosuficiente y equilibrado, mejor sabrá enfrentar el caos previsible. Y ya hoy, es más saludable, tranquilo y eficiente vivir en medios rurales que en muchas de las ciudades, cada vez más en crisis.

Las comunicaciones en un mundo más rural, tenderán a ser menos frecuentes y menos largas. Y los medios de transporte, además de ser menos contaminantes, tendrán que ser, sobre todo, menos dependientes (en energía y en infraestructura y mantenimiento). Mientras la gran industria esté viva, serán preferibles transportes eléctricos, desde luego. Pero tampoco son la panacea, pues las baterías y componentes de sus motores son escasos y raros y conseguirlos no será fácil. A menudo será necesario recurrir a transportes con energía mecánica (pedales, poleas) e incluso de tracción animal. Lo que proporcionará, a su vez, más abundancia de estiércol para la agricultura. En las ciudades que sobrevivan, habrá que organizar sistemas de saneamiento y recogida que eviten problemas del pasado.

La forma de ocupar el ocio también deberá cambiar. En lugar de negocios con consumo de

drogas, alcohol, etc. y de centros de anonadamiento y vacío, habrá que recuperar actividades creativas (club musicales, de ajedrez, grupos deportivos, lectura, senderismo, talleres artísticos, de creatividad, fotografía, observación de la naturaleza, etc. etc., tiempos par la reflexión, meditación, contemplación...). Actividades que en lugar de crear vacío existencial e infantilización e inmadurez perpetuas, ayuden al crecimiento interior, la profundidad, la alegría, la creatividad, la amistad, la comprensión y el conocimiento mutuos, etc.

Viajar, más que seguir siendo un derroche de energía y de acumulación de cosas y datos, que sea conocer otra gente, aunque viva más cerca, y otros lugares menos visitados, aunque no estén tan lejos. No tiene sentido viajar veinte horas en avión y desplazarse miles y miles de kilómetros para acabar en una playa como la cercana o en un hotel como el de tu ciudad.

En el arte, en cualquiera de sus ámbitos, deberá librarse del culto al ego y la mercantilización para poder explorar los espacios más profundos y misteriosos del ser humano. Un artista tiene sentido que cobre por su labor de artesano o por la venta de sus productos. Pero la creación, la creatividad, incluso el genio creativo, son dones que no tienen precio. Y convertirlos en

mitos que vendan por serlo es otra degeneración de lo artístico. De hecho, las épocas en que el nombre del artista ni era conocido son las más auténticas y libres. Es hermoso no saber el nombre de los arquitectos de las grandes catedrales góticas, románicas, las grandes mezquitas islámicas, obras literarias, pinturas, esculturas o decoraciones de grandes edificios. Esta obra aspira a eso. Y de ahí que esté firmada con un seudónimo, a todas luces cómico. Lo que importa no es el nombre o la historia del autor, sino la obra en sí y lo que plantea.

Los avances tecnológicos en comunicaciones, telefonía, redes, informática, etc., mientras estén vivos pueden ser una herramienta más a utilizar. Aunque procurando no depender de ellos, ni utilizarlos de forma compulsiva, ni caer en sus “redes” de seducción. Al final, cuando todo colapse, ellos también lo harán y esta civilización tan avanzada y tan pre-potente, ni siquiera dejará restos para los registros fósiles. Como estaba en su mayor parte en “la nube”, cuando esta caiga todo se esfumará con ella como por arte de magia, fantasma de sí misma.

Hay que recuperar la espiritualidad y acabar con los dogmatismos cientifistas que pretenden que solo creer en la materia y, detrás de ella, en la nada es científico. Esa es, en todo caso, una

creencia como otra cualquiera y si quiere ser respetada, debe respetar a las demás. Las tradiciones (no los tradicionalismos, que es otra cosa superficial y a menudo localista y xenófoba) de las grandes corrientes y civilizaciones humanas han ido en gran parte del mundo siendo abandonadas por mucha gente que prefiere dejarse someter al materialismo reinante y su obsesión por la cantidad, la contabilidad, la producción y el consumo. Las grandes verdades de índole superracional se consideran por esa mentalidad obsoletas y arcaicas, lo que ha dejado a los seres humanos que han sido seducidos por esta visión consumista y material sin nada superior que les dé sentido ni continuidad, ni unidad en el ser de las cosas. Todo es mero pasar, en lo posible de manera cómoda, mera supervivencia e ignorancia de la muerte como destino. Pero, queramos o no, en la muerte acabamos todos y que nuestra vida tenga sentido o no, depende de nosotros. En la civilización occidental (que es tanto como decir en la mayor parte del mundo, pues su influencia se ha extendido por todos sitios), el cristianismo como religión mayoritaria ha perdido su contenido y sustancia. Se es cristiano (cuando se es) por costumbre, sin creer en Dios ni en verdades que no pertenezcan al mundo racional y material. El

judaísmo ha llegado a degenerar en ocasiones en un sionismo criminal que no respeta nada que no sea la apropiación de bienes materiales por la fuerza y a costa de lo que sea. En Oriente, en gran parte colonizado por Occidente, tradiciones como el Islam (y el sufismo en particular), el judaísmo no sionista, el cristianismo ortodoxo, el hinduismo, el budismo (sobre todo el zen) el taoísmo..., etc. han sobrevivido en algunos lugares, a trancas y barrancas y casi siempre en ámbitos minoritarios y más a pesar de los gobiernos e instituciones que se supone que los salvaguardaban, que ayudados por ellos.

Para sentir nuestra humanidad completa, algo de lo inaprehensible, de lo numérico, de lo místico, tiene que sobrevivir, siquiera sea como anhelo interior. Recuperar ese espacio de nuestra mente es otra tarea pendiente; pero como eso pertenece, sobre todo, a lo íntimo y más a la esfera de la contemplación que de la acción, aquí solo lo dejo como apunte, sin propuestas concretas de acción, salvo las que cada cual adopte por su cuenta.

Pero ya se está viendo una proliferación de mezquitas y templos de distintas religiones. Y eso, en principio, es bueno mientras no sean manipuladas por organizaciones en búsqueda de poder material, en lugar de ser lugares de culto y encuentro de inquietudes espirituales.

Saber valorar lo sencillo y cercano (el crecimiento de las plantas, las conductas de los animales, el cambio de las estaciones, los juegos de luz en las nubes y los cromatismos en el mar, en los bosques, en los desiertos...), el amor, la solidaridad, la cercanía y la complementariedad con “el otro”, en lugar de verlo como enemigo o invasor... Todo eso nos hará mejores como seres humanos, pero, sobre todo, nos permitirá vivir una vida más equilibrada, armoniosa, saludable, plena y feliz. Una vida que ni se compra ni se vende. En el futuro también. Pero mejor aún: Ya.

Títulos publicados



Colección Mirada Ensayo

Blas Matamoro Rossi

Lógica de la dispersión o de un saber melancólico (edición papel y digital pdf)

Arturo García Ramos

El cuento fantástico en el Río de la Plata (edición papel y digital pdf)

Elsa Heufemann-Barría

Orellana, Ursúa y Lope de Aguirre: sus hazañas novelescas por el río Amazonas (1ª y 2ª edición revisada papel y digital epub),

Fabio Martínez

Los viajes de la música. Música y poesía afroamericana (edición papel y digital epub)

Balboa, el polizón del Pacífico (edición digital epub)

Álvaro Antonio Bernal

Percepciones e imágenes de Bogotá. Expresiones literarias urbanas (edición papel y digital pdf)

VV.AA. (edic. de M. Ángeles Vázquez)

No era fácil callar a los niños (edición papel y digital pdf)

Álvaro Pineda Botero

El Quijote, novela y cultura (edición papel y digital pdf)

Nicolás Lisardo

Neodramatismo (edición papel y digital pdf y epub)

Elviro Queda Todo

Ni se compra ni se vende (edición digital pdf y epub)

Colección Mirada Narrativa



Blas Matamoro

Malos ejemplos (edición digital pdf gratuito)

Consuelo Triviño Anzola

Prohibido salir a la calle (1ª y 2ª edición papel y digital pdf)

El ojo en la aguja (edición digital pdf y epub)

El ojo en la aguja (1ª edición revisada en papel y ebook)

Guillermo Roz

La vida me engañó (edición papel)

Avestruces por la noche-Dos nouvelles (edición papel y digital pdf)

Héctor Perea

Los párpados del mundo (edición papel y digital pdf)

Casa de cielo (edición papel y digital pdf)

Luis Fayad

Testamento de un hombre de negocios (edición papel y digital pdf)

Juan Moro

La última parroquia antes de América (edición papel)

Darío Ruiz Gómez

Crímenes municipales (edición papel y digital pdf)

Alexander Prieto Osorno

Bonitos crímenes (edición papel y digital epub)

Fernando R. Mansilla

Gabinete veneciano (edición papel y digital pdf)

Todos los chicos (edición papel y digital pdf)

Fernando Cruz Konfly

La vida secreta de los perros infieles (edición papel y digital epub)

Enrique Martín Zurdo

Pasos cortados (edición papel y digital epub)



Encarnita Vital Sacramento

Menos cuento que Calleja (edición papel y digital epub)

Martina Robles Rodríguez

No hay reloj para el olvido (edición papel y digital epub)

Fabio Martínez

El desmemoriado (edición papel y digital epub)

Esther Andradi

Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante (edición papel y digital epub)

Olga Elena Martínez Gómez

La otra orilla del Aqueronte (edición papel y digital epub)

Encuentro con el asombro (edición papel y digital pdf)

Elvira Martín

Una vida sencilla en una época convulsa (edición papel)

José Alias

Julio y Carol. Crónica de una amistad (edición papel y digital epub)

Mario Wong

Las brujas de Auschwitz (edición papel y digital pdf)

J.G. Millas

El valle de los pecados (edición papel y digital pdf)

Flavia Cosma

Cuentos de hadas a la luz de la luna (edición papel y digital pdf)

Julián Nalber

Detective Santré. El caso Chang (edición papel y digital pdf y epub)

Detective Santré. El caso Carranza (edición papel y digital pdf y epub)

Darwin Méndez Losada

El patíbulo. Llamadas a lo desconocido (edición papel, y digital pdf y epub)

Hugo Fernando Cabrera Ochoa

Los sueños de un médium (edición papel y digital pdf y epub)

Colección Mirada Poesía



Pedro Granados

Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005) (edición digital pdf)

Al filo del reglamento II (edición ampliada y revisada, edición digital pdf)

Samuel Serrano

El hacha de piedra (edición papel)

Anna Blasco Olivares

Los mares de arroz (edición papel y digital pdf)

Darío Ruiz Gómez

En ese lejano país en donde ahora viven mis padres (edición papel y digital pdf)

César Cuadra

S e r y n o s e r / WilkiLeaksPoems (edición papel y digital epub)

Omar Ortiz

Diario de los seres anónimos (edición papel y digital epub)

Alejandro Alzate

La mujer que se pintó la cara de duelo (edición papel y digital pdf)

Flavia Cosma

Fieras y sombras (edición papel y digital pdf)

Leopoldo de Luis

Teatro real (edición papel y digital pdf)

Iballa Naranjo

Suramor (digital pdf)

Colección Mirada Arte

Alfonso Fernández-Cid Fenollera

Fenollera Catálogo – Obra pictórica – (edición papel)

Colección Mirada Miscelánea



M. Carme Melchor Carpio

Así sea (Achétó) (edición papel)

Reflexos d'ultramar (edición papel)

Alfredo Cerda Muños

El teatro universitario en Guadalajara entre 1960 y 1990 (edición papel y digital pdf)

Rosario González Galicia

Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres de la Campiña segoviana (edición digital pdf gratuito)

Alfonso Fernández-Cid Fenollera

Parolas con un ginecólogo (edición papel)

Marcos Fabián Herrera

Dialogantes [entrevistas] (edición digital epub)

Abraham Baze

La Amazonía en las curvas del tiempo [crónicas] (edición papel y digital epub)

Felipe Buendía del Corral (edic. de Paz Mediavilla)

La broma [teatro] (edición digital pdf)



www.miradamalva.com

